

# CENIT

*sociología —  
ciencia — literatura*

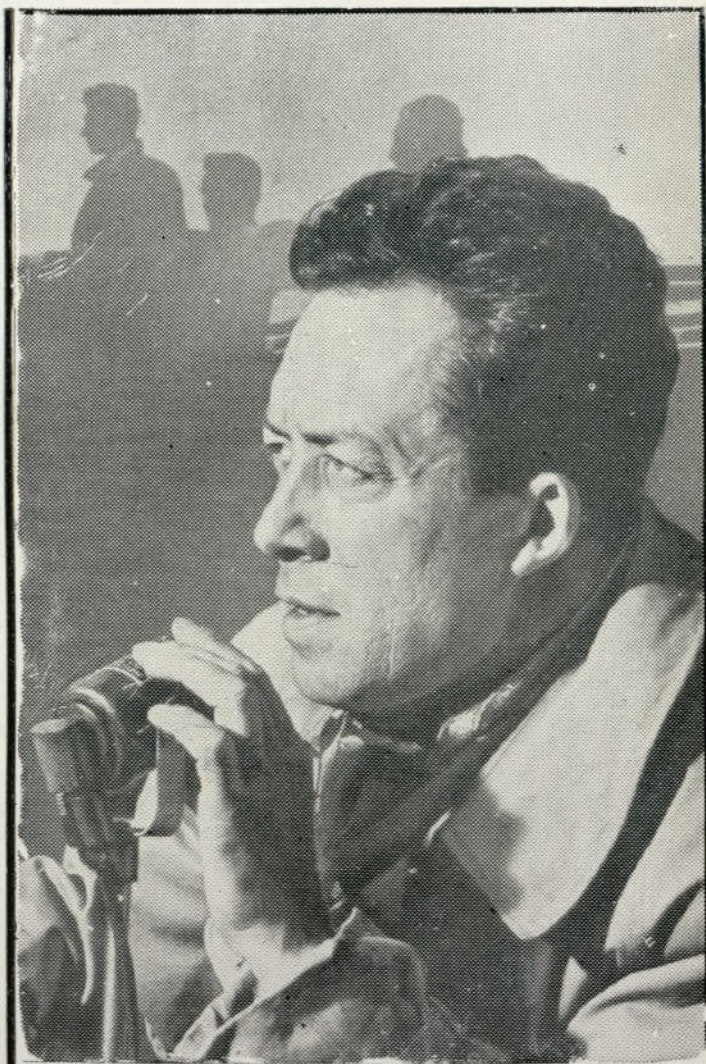


## Palabras de Albert Camus



En todas las circunstancias de su vida, oscuro o provisionalmente célebre, ahogado por la tiranía o libre de poder expresarse, el escritor puede encontrar el sentimiento de una comunidad viva,

que le justificará a condición de que acepte, en la medida de sus posibles, las dos tareas que constituyen la grandeza de su oficio: el servicio de la verdad y el servicio de la libertad. Y pues su vocación es agrupar al mayor número posible de hombres, no puede acomodarse a la mentira y a la servidumbre que, donde reinan, hacen proliferar las soledades. Cualesquiera que sean nuestras flaquezas personales, la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en dos imperativos difíciles de mantener: la negativa a mentir respecto de lo que se sabe y la resistencia a la opresión.



Plácido Bravo : Juventud y senectud.  
Fontaura : La mística del anarquismo.  
Miguel Jiménez Igualada : Reflexiones al compañero X.  
Miguel Utrillo : Recuerdos de Ignacio Zuloaga en el aniversario de su muerte.  
F. Frak : ¿Humildad o pedantería?  
J. Lyndon Shanley : Place-res de Walden.  
Puyol : La vida y los libros.  
Luis Vives : De la manera de aprender.  
Han Ryner : El árbol preferido.  
Costa Iscar : Limpieza en el lenguaje.  
Denis : El negociante.  
Suno : Microcultura.  
Campio Carpio : Poesía del destierro (folletón encuadernable).

# 133

ENERO - 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,00 NF



## En recuerdo del poeta y compañero

«Entrégate para el bien  
de los otros. Sé Esperanza,  
anhelo de claros días  
y lumbre que no se apaga.  
Sé para los otros todo:  
nervio, sangre, acción, palabra;  
el broquel que los proteja  
y, si es necesario, espada.

Date a pedazos y muere  
de la tarde a la mañana  
cien veces para que viva  
el más ignorado paria.

Pero, en silencio, sin ruidos,  
sin oropel ni alharaca;  
que nadie sepa quién eres  
si dicen: ¿Cómo te llamas?

Ese es el solo heroísmo,  
ésa es la sola arrogancia:  
ser para los otros todo  
y para tí... ¡no ser nada!»

OLIVAN («Romancero de la Libertad»)

### CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

*Redacción:*

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

*Colaboradores:*

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,  
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert  
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,  
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,  
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,  
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán  
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamperet,  
A. Prudhommeaux

*Precios de suscripción.* — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,  
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)



# Juventud y senectud

INFANCIA, adolescencia, juventud, madurez, ancianidad... ¿Son éstos los momentos estelares, las verdaderas etapas del recorrido vital del hombre?

Fisiológicamente, lo único que se puede afirmar es que existen ciertos estados sucesivos, peculiares, distintos. Sin rigor excesivo podemos trazar la curva gráfica para demostrar el citado recorrido, pero sin olvidar que cada ser tiene la suya propia y que a otra alguna se identifica. Curvas monstruosas con relieves, gradas, rellanos y abismos; irregulares en el espacio y en el tiempo. Con trazo seguro, exacta cifra, sólo la eclosión y la extinción, puntos de llegada y de partida, son compatibles con la rigurosa exactitud de la aritmética y la geometría. Y aún, pues que anterior al nacimiento están los preparativos, los largos periodos de incubación, de sucesión podríamos decir, como a la mies cosechada sigue la siembra de la semilla. Y antes, mucho antes de exhalar el último suspiro, se atrofian los órganos, decrece nuestro metabolismo, hay merma en la vitalidad de todo el organismo. Insensiblemente, cada día morimos un poco; viviendo, andando con paso largo o corto, cotidianamente nos acercamos a la cita fatídica. Mas todo eso es simple minucia. Poco cuentan la longitud del trecho, la cantidad de jornadas por recorrer o recorridas; cuenta la densidad y la calidad de una vida.

Infancia, para los hombres, suele ser sinónimo de torpeza, ingenuidad, curioso, imitación. Cuando el niño cae de brutes por andar atolondrado

*¿Viejo? Quien tiene  
más años que yo*

SACHA GUTTRY

tras el zape juguetón que le ha birlado el ovillo de lana o el carrete de hilo. Cuando crédulo, busca afanosamente al recién nacido en un campo de cardos o lechugas; cuando las estrellas se le antojan candiles suspendidos. Cuando su curiosidad le induce a destrozar el mecanismo de relojería escondido, o se coge los dedos en el engranaje de un biclo. Cuando imitativo se machaca el índice clavando una punta con el martillo. El hombre se ríe cínicamente entonces; tutor engreído, dichoso de poder mostrar su paternalismo, da lecciones de experiencia, siembra consejos y muestra con ínfulas su destreza alcanzada. No siempre se acuerda que también fue niño. Y sin embargo, pese a su talla y edad, el hombre tiene mucha dosis de infantilismo. Muy a menudo también él confundirá la avena con la cizaña y tomará el rabo por los cuernos; se preciará de su destreza siniestra y de su experiencia simiesca, vanagloriándose de sus bárbaras creencias. Y entonces se producirá un fenómeno de precocidad — caso Mozart por ejemplo — imponiendo silencio a críticos severos, dejando boquiabiertos a los hombres más exigentes y a los más aviesos.

En la adolescencia tiene lugar la pubertad, especie de metamorfoseo. La voz tiene sonoridad recia por momentos, en otros aguda, infantil aún. Es la época de los contrastes y contrasentidos. Se teme mucho y espera más. El desarrollo glandular y nervioso hacen del niño-hombre un ser muy emotivo. Sus brusquedades y abatimientos sobrevienen de repente, como en marzo las borrascas, sin previo aviso. Como el pajarillo que desde su nido contempla el vacío al decidirse a volar por primera vez, el adolescente, en la época de la pubertad, así también mira la vida: con apremios y temores; con incipientes deseos de que su imaginación acelera y luego el miedo a lo desconocido frena. Anda a saltos, y su vida es un sobresalto. El sexo, con sus exigencias nacientes, le impele a



violar el secreto misterioso, perturbando el ritmo de su despreocupada infancia. El yugo de la tutela paterna le molesta, y su ánimo decae ante perspectivas inciertas de independencia. Por la mañana canta la esperanza en versos, y por la noche le tienta la cuerda suicida para dar remate a la tragedia. ¡Qué barométrica más caprichosa dirán los hombres olvidadizos de sus propias cuitas!

Y en efecto, los niños le rechazarán de sus juegos por considerarlo excesivamente hombre, y los hombres lo expulsarán de sus círculos por creerlo demasiado niño. ¡Qué aprietos y angosturas! En esta encrucijada de la vida, muchos se encuentran o se pierden para toda su vida.

Los dardos que se clavan en este periodo suelen quedarse incrustados en el inconsciente, de donde no hay pinzas que los saquen. Todos los bálsamos suelen resultar tardíos e ineficaces.

¿Pero dónde acaba la adolescencia que se confunde con la juventud? ¿Y cuándo se entra en el periodo estable de la madurez y se inicia la edad de la descendiente vejez?

No hay concreción cifrada, ni límite trazado por geometría, posibles en este orden de cosas. Pues correr los cien metros en diez segundos, podrá ser signo de agilidad; como levantar trescientos kilogramos a pulso una buena nota obtenida en un concurso de musculatura positiva. Mas eso no basta para obtener ni extender certificado de juventud o de plenitud.

Si incluso en el periodo gestativo o de incubación hay imprecisión — sietemesinos y polluelos que alcanzan perfecta eclosión a los dieciocho días — ¿cómo no iba a ser igual en lo referente a épocas menos estrictas ya de por sí?

Cierto que existen en el terreno fisiológico y en el psicológico ciertos signos capaces de darnos

una idea aproximativa de la edad de un hombre. No menos cierto es que algunos de estos signos tienen significado equivoco.

Así, por ejemplo, la elasticidad de la piel, la agilidad de los miembros, la resistencia visceral, el desarrollo del tejido celular, etc. Mas no se olvide que la calvicie puede ser total a los veinte años, sin sufrir enfermedad que despueble repentinamente nuestro cráneo. Se puede encanecer en una noche, como sucedió a una mujer belga en el curso de la penúltima — si otras no siguen — conflagración mundial, esperando angustiada el fusilamiento por parte de los teutones. Esto sin hablar de las proezas de los institutos de belleza y otros centros de camuflaje de edad.

Hay juventud amorfa, senil, sin esperanzas. Como hay madurez reverdecida, caso de Goethe, enamorado — chiflado perdido — en el invierno de su vida, de una doncella de pocos abríles.

No; la edad de un hombre, no se halla ni se confiesa consultando el calendario y confrontándolo con la apergaminada fe de bautismo. Se la descubre por los actos que realiza.

Joven quien, pese a sus ochenta anualidades, planta un olivo. Quien, con pulso tembloroso sigue escribiendo el manuscrito-biografía, y corta las hojas vírgenes del libro recién editado. Quien en su lecho de agonía sigue contando anécdotas instructivas, cuando ésta llega, esboza una sonrisa. El ciego que sigue esculpiendo, y el sordo que escribe música.

Decía Sacha Guitry, en una de sus logradas ocurrencias: «¿Viejo? Quien tiene más años que yo.

No importa; históricamente hablando, el hombre sigue siendo un niño. Joven, quien realiza actos de proyección futurista.

**PLACIDO BRAVO**





# La mística del anarquismo

**E**l amigo estudiante, simpatizando con el ideario libertario, le ocurre que, enfrascado en la paciente tarea de escrutar los sectores de la técnica, familiarizado con las matemáticas, absorto en los problemas algebraicos, le repele fijar la atención en factores psicológicos que se apartan de su visión cartesiana de las cosas. Un publicista, cuyas obras tratan de evidenciar los resortes que, partiendo de la Economía, mueven el mundo de la política, se encuentra en el mismo caso. Pero ambos parten de deducciones distintas: Para el primero es la ciencia exacta que se cimenta en las cifras, como dos más dos, igual a cuatro; ello es lo que cuenta, lo que vale. El segundo, el escritor aludido, aún y con todo el alternar en los medios ácratas franceses, tiene una formación basamentada en la dialéctica del marxismo, de cuya influencia no está del todo desprendido.

Argüir que la razón ampara, apoya, sostiene tales o cuales concepciones no siempre supone se pueda conferir a ella solidez, como las conclusiones, el corolario de un silogismo. No presupone que contenga exactitud, veracidad, ya que, como bien demostró Balme en « El Criterio », las premisas de un silogismo pueden resultar equivocadas, siendo, pues, erróneo el resultado final. Ricardo Mella, que es sabido tuvo raigambre de pensador original, en una de sus magistrales trabajos periodísticos, artículo incluido en el «Ideario», que coleccionaron algunos de sus amigos, especificó el motivo de que «la razón no basta». Manifestó a este respecto: «La naturaleza, la realidad, no es un silogismo; es un hecho. De este hecho podrá nacer el silogismo; pero menester será que el instrumento de interpretación, el entendimiento, no se equivoque, para que tal silogismo sea idéntico para todo el mundo. La misma percepción, las mismas sensaciones, varían de hombre a hombre. ¿Cómo no ha de variar la traducción en hechos y palabras? ¿Cómo no ha de variar la lógica?»

Fuera de la rigidez matemática, al margen del mundo basamentado en reacciones de orden material, económico, hay la formación mental, con solidez por vía sentimental; por una sensibilidad susceptible de vibrar intensamente ante tales o cuales características ambientales. De ahí puede nacer el impulso, el entusiasmo, la fe en lo que se hace, o en lo que se pretende hacer. Todo ello, indudablemente, fuera de la creencia deísta; al margen de convicciones apegadas a la creencia en lo sobrenatural. Puede existir un estado de ánimo, unas características psicológicas que, al irradiar pasión y ardor formen como una mística, capaz de idealizar lo eterno humano, como expresara Unamuno.

Fundamentada en el humanismo de los pensadores del Renacimiento: Erasmo, Tomás Moro, Vi-

ves; la senda que posteriormente trazaron los enciclopedistas quedó abierta en un amplio cauce. De ahí es harto sabido que parte todo ese conjunto de apreciaciones doctrinales — siete tendencias o modalidades distintas según el doctor Elsbacher — que constituyen el ideario anarquista. Y es la fuerza anterior, la arraigada convicción, el deseo de realización, lo que constituye a modo de una mística, la mística del anarquismo.

El tono proselitista, el sentido que a su exposición doctrinal dan los más caracterizados pensadores que ha tenido el anarquismo, lleva consigo incomparable poder de raciocinio, fácil de asimilar, y casi de incontrovertible podríamos tildar. Contiene en muchos casos ese poder de captación; ese fervor que tan sólo ha sido superado por los « iluminados » propagadores de la fe religiosa: los místicos Teresa de Ávila, Juan de la Cruz, Francisco de Sales, entre otros muchos.

Tomemos, por vía de ejemplo, cuatro figuras que podemos llamar representativas dentro del ideal anarquista: Bakunin, Malatesta, Kropotkin y Eliseo Reclus. Sin complicadas divagaciones, a base de una sólida argumentación, que parte de hechos comprobados, pone de manifiesto, cada uno de ellos, lo que en sí es la sociedad actual y los pilares que sostienen la injusticia. Todo ello expresado con esa vehemencia que parte de la íntima, de la profunda convicción. Y no se trata de una propensión a la pura teoría; de establecer unas deducciones sociológicas elaboradas exclusivamente en el gabinete de estudio, ceñido todo a una labor escuetamente intelectual. En ellos es ya sabido que no hay tal cosa. Bakunin, Malatesta, Kropotkin, Reclus, intervinieron en conspiraciones de tipo revolucionario, actuando incluso con las armas en la mano. Era la de ellos una concepción revolucionaria acoplada la teoría con la práctica, uniendo brazo y cerebro. En realidad, pese a las diferencias interpretativas, pongamos por caso, entre Kropotkin y Malatesta, haciendo hincapié éste último en el factor voluntad, dando Kropotkin más realce e importancia al aspecto intelectual de las ideas, lo cierto es que a todos les movía una fe, un entusiasmo, una inclinación romántica en favor del ideal.

Ya con menor ascendiente si se quiere; con menos caudal de aportación cultural y de acción al sentido ácrata, sin dejar de ser elementos de relieve, a semejanza de los antes citados, podrían nombrarse a una buena cantidad, inclinados unos a la propaganda escrita, otros a la oral, bien, como en el caso de Sebastián Faure, cultivando ambas modalidades. Hubo una etapa, singularmente en Francia, que la corriente proselitista libertaria, la mística anarquista prendió en el corazón y en el cerebro de escritores y artistas de formación no libertaria: Octavio Mirbeau, Laurent Tailhade, Bernard Lazare, Steinlein, Rimbaud, Anatole



France, Vlaininck, entre otros. Una mujer, toda ella pasión redentorista, toda ella vibrando de ardor justiciero: Luisa Michel, alcanzaba a enardecer a las multitudes. Y como un sol resplandeciendo en lontananza, se hablaba de «de grand soir»; se aludía a «la société nouvelle». Era una ferviente, una mística esperanza de justicia, de redención.

La mística del ideal, llevada en algunos al paroxismo, era la que impulsaba el brazo de los Etievant, Emile Henry, Ravachol, Caserio y cuantos despreciando la propia vida, se lanzaban a reivindicar a las víctimas de todas las injusticias; a protestar en favor de los miserables, de los sin pan y abrigo. En una publicación de vanguardia: «Entretiens politiques et litteraires», un escritor bien conocido: Paul Adam, escribió nada menos que un «Elogio de Ravachol». He ahí unas líneas que evidencian la aludida concepción mística del ideal: «Haber afirmado el derecho a la existencia, aun a riesgo de dejarse atropellar por el rebaño de los esclavos cívicos; así como arrostrar la ignominia del cadalso; haber contribuido a la supresión de los inútiles a fin de sostener una idea de liberación; haber tenido esa audacia de concebir y ese fervor de cumplir, ¿no es suficiente para que merezca el título de redentor?»

Han pasado unos años desde que el movimiento anarquista tenía en algunos países, singularmente en Francia, indiscutible auge. Ya por un motivo, bien por otro, lo cierto es que en Europa y en América se hablaba del anarquismo en el ambiente social. Por parte de algunos, en tono condenatorio; otros reivindicando sus postulados. Lo esencial consistía en que la mística del anarquismo gravitaba en el ambiente.

El tiempo ha transcurrido. Se viven unas características sociales de índole distinta a las que se vivían hace sesenta o setenta años. Los que son postulados fundamentales en el anarquismo continúan siéndolo. No se han presentado factores de tipo sociológico que induzcan a modificar las apreciaciones de contenido anarquista. Mas, no podemos dejar de percatarnos de que nuestra época atraviesa determinadas características psicológicas que influyen en el modo de ser de los individuos. Incluso se deja notar una distinta modalidad de sensibilidad en relación con la de antes entre los componentes de la minoría evolucionada que se precia de ser ácrata.

¿Existe en nuestros días, entre los anarquistas, esa mística, ese fervor, ese entusiasmo que años atrás estaba bastante generalizado? No creo sea aventurado el manifestar, sin querer acentuar con ello nota pesimista, que por parte de buen número de anarquistas de hoy se atalaya el panorama social con menos vehemencia en la predisposición para la lucha, falta aquella especie de fervor que se notaba en un Fermín Salvochea o en un Pedro Gori, pongamos como ejemplo.

No se puede soslayar la realidad: Nuestra época ofrece unas características psicológicas que han de tenerse en cuenta. Resulta que han fallado ciertos postulados que a principios de siglo eran aún considerados como ideas fuerza, susceptibles

de determinar una efectiva transformación social. Se creía que, indefectiblemente, se marchaba hacia un cada día más acentuado progreso. Pero han acontecido en el mundo muchos hechos de tal naturaleza que, en cierto modo, han sembrado el desconcierto en las conciencias. Se ha creado una psicosis de duda, de desaliento, de desmoralización. En lo moral se ha dado de lado la tabla de valores, propiciando las gentes una filosofía muy particular: el cuidarse cada uno de pasar lo mejor posible, indiferente al «dolor universal». He aquí lo que en su obra «En el umbral de la nueva época» dice Berdiaeff:

«Debe de tenerse en cuenta que un proceso de deshumanización se manifiesta desde hace ya largo tiempo. El capitalismo, por medio de la fuerza anónima del dinero, aplasta al hombre. Hace de él arma para fines inhumanos. Y no aplasta solamente a las clases laboriosas, sino incluso a las clases dominantes también. He ahí lo más importante: las más grandes conquistas del hombre en las ciencias como en la técnica, han llegado a ser la principal fuente de deshumanización en la vida humana. La civilización contemporánea, mecánica y técnica, es mortal para la vida interior del hombre; ella destruye su integridad, desfigura su vida emocional; hace del individuo un instrumento para procedimientos inhumanos; le quita toda posibilidad de contemplación a consecuencia del rápido crecimiento de la vida.»

Las últimas guerras, los crímenes en masa en los campos de concentración diríase que han minimizado el valor del ser humano, creando una manifiesta insensibilidad, una acusada indiferencia al respecto de problemas vitales de fondo humanitario. Por otra parte, el anhelo de acomodarse, la propensión a aburguesarse, gozando de las comodidades que ofrece nuestra época a quien dispone de algunos medios materiales, se deja sentir. La inclinación por el mínimo esfuerzo que ha suscitado el paternalismo de toda suerte de dictaduras, todo ello ha creado una psicosis colectiva bastante generalizada. Es el escollo principal con que tropieza en su labor de proselitismo el anarquista que ama y está dispuesto a exponer su ideal.

Ante un ambiente de acusada indiferencia; ante una psicosis de indiferencia y escepticismo, en un gran número de casos, quiebra la laudable intención, diríase que la mente y el corazón se sienten cohibidos; no se establece la necesaria corriente de comprensión entre el que propaga y quien está en el caso de atender, de captar.

Consecuencia de un determinado estado de cosas, es natural que se deje sentir la falta, o el tono atenuado de la mística dentro del ideario ácrata. Ahora bien: es evidente que en sociología, en el vivir de los pueblos, se notan cambios, a modo de mutaciones bruscas que aparecen de un modo casi inesperado. Y condiciones favorables pueden presentarse susceptibles de facilitar, en uno u otro continente, en tal o cual país, la eclosión de una etapa de realizaciones acordes con la corriente filosófica del anarquismo. De ahí que al tener arraigada una sensibilidad de matiz anarquista,



# Reflexiones al compañero X

por Miguel Jiménez Igualada

**S**I, amigo mío: Somos hijos del pasado, del cual no podemos renegar sin renegar de nosotros mismos; pero el progreso consiste en lo nuevo que cada uno imprimimos a la vida. Ve ahí cómo progreso, en su más alto significado, es creación, es decir, avance, ascensión. El móvil, o mejor el motor de la vida humana (valga esta expresión por lo que deseo tenga de claridad) ha sido siempre el sentimiento de libertad, ya que no fue sólo la aspiración sino el sentimiento de ser libres lo que empujó a los hombres a conquistar su libertad. Hasta en las épocas de los mayores despotismos, que fueron las épocas de las teocracias, el individuo luchó como supo y pudo contra cuanto le circundaba, oprimiéndole. Así, poco a poco, ese sentimiento de libertad, conservado puro en algunas unidades, pudo, en cierto momento, pasar a un mayor número, y cuando esto aconteció, los pueblos emprendieron nuevo rumbo, ya violentamente para abrirse camino hacia un bienestar que les estaba prohibido, bien pacífico cuando la fuerza del pensamiento, unida al entusiasmo del sentimiento, venció obstáculos opositores. Las grandes épocas de las naciones fueron posibles porque una pléyade de cerebros vigorosos señaló el rumbo que necesitaba el pueblo con el cual se consubstancia-

ban. Así tuvo lugar el esplendor griego; así ocurrió en Italia, produciendo el Renacimiento; así en España, haciendo posible su Siglo de Oro; así en Francia, incubando y después cincelandó la Revolución.

No es posible negar una gran verdad: así como del cerebro del hombre pasó el pensamiento a los cerebros de los hombres, y el sentimiento del uno se comunicó a varios hasta hacerse múltiple por su extensión, así el acontecimiento trascendental pasó de un pueblo a otros llenando el universo, pues hoy, todavía hoy, a pesar de la barbarie que nos circunda, Grecia, Italia, España y Francia, por lo que fueron y por lo que dieron, siguen iluminando las rutas de la vida. Por eso, al estudiar Historia para ver, a través de ella, marchar en su avance o progreso a la humanidad, es preciso que no nos entretengamos demasiado en el estudio de sus instituciones, todas conservadoras y todas tendientes a retrogradar, sino que contemplemos los geniales destellos de los individuos como anticipos de bienes que se realizaron. El esplendor griego, el Renacimiento italiano, el Siglo de Oro español y la Revolución francesa fueron, en sus orígenes, pensamientos de hombres o de grupos de hombres que se anticiparon a su tiempo «creando progreso».

Al comprender así la Historia, nos colocamos en posición histórica, que será para nosotros posición humana, y sin importarnos el presente, tan negro y ominoso, pondremos nuestra proa al porvenir, que es a donde se dirigen los que desean nuevos y más esplendorosos adelantamientos.

Planteemos una certeza tan clara y manifiesta que sea una evidencia: el elemento fundamental en el pueblo es el individuo. Ahora bien; de esta evidencia deriva, por la fuerza de la lógica, otra no menos importante: sin estos elementos fundamentales, sin estos individuos, tipos humanos que dan fuerza, carácter y vigor al conjunto no existiría el pueblo, pues se hubiera quedado en rebaño. Aquéllos, pues, los individuos bien desarrollados fueron, por lo tanto, los que impulsaron el progreso, porque ellos fueron, son y serán los primeros que emprenden el avance, y, muchas veces, los únicos que avanzan.

De aquí podemos hacer otra nueva deducción que marcará nuestro deseo: la humanidad, para llegar a una perfecta armonía en la libertad, necesita estar compuesta por individuos, por hombres, por unidades humanas de real y positivo valor.

Y de aquí podemos extraer una conclusión de maravilla: la labor anarquista no es la de aman-

supone afrontar con serenidad las circunstancias presentes. Supone aguzar el ingenio con miras a abrir brecha en ambiente hostil; a bogar contra corriente.

Pensadores de formación liberal han puesto todo su fervor en buscar soluciones, salidas a la presente crisis de valores morales afectando a nuestra civilización. Albert Camus fue de los que mayor empeño pusieron en dicha tarea. En una de sus últimas obras: «La chute» planteaba de un modo magistral el caso del individuo enfrentado ante sí mismo, en un hondo análisis de conciencia. Así Karl Jaspers, en su obra «Razón y sinrazón de nuestra época» apoya la necesidad de mantener en el decurso de nuestra vida la escala de valores morales que hemos estimado valedera. «Nadie sabe — arguye — si nuestros esfuerzos alcanzarán el éxito o bien el fracaso. Pero incluso en el caso de que el futuro nos parezca cerrado, no es razonable el desesperar completamente.

Y pese a las prosaicas características de nuestra época; no obstante el atravesar circunstancias adversas, la Historia ha ofrecido siempre sorpresas. Cabe que llegue una fase evolutiva, que la alcancemos aún nosotros, o vivida por quienes nos sucedan, donde la mística del anarquismo tome un realce superior al que jamás ha tenido. ¿Quién ha de poder probar lo contrario?

FONTAURA



sar rebaños, sino la de deshacerlos estimulando a los seres de nuestra especie a que alcancen la hombría. Nuestra labor es pedagógica y ética.

La palabra pueblo no ha sido todavía bien definida, pues para unos fue y sigue siendo la parte baja o llana de los humanos que vivían en una determinada región, para otro fue y continúa siendo el conjunto de seres ligados por leyes, idioma, usos y costumbres. Hoy se dice (léxico socialista) que los pueblos son individualidades colectivas, asociación de palabras dispares que carece de sentido, porque mientras individuo significa uno e indivisible, lo colectivo humano, que jamás será homogéneo, puede dividirse y disgregarse, dividiéndose y disgregándose a medida que en el conjunto aparecen las unidades de valor.

Más que los físicos (orígenes, descendencias, etcétera), lo que suele dar a los pueblos el carácter de unidad son los movimientos éticos, que provienen siempre de los individuos, porque es en ellos y únicamente en ellos donde se forma o crea un ideal de ayuda, de concordia y de respeto. Cuando los pueblos, como hoy sucede, no son estimulados por los ideales de belleza y de moral, que crean los mejores, se convierten en hordas dispuestas a devorarse entre sí. En la naturaleza y en la moral, todo desarrollo, todo avance, todo progreso se produce de lo simple a lo compuesto, del individuo o unidad al conjunto o variedad.

Consideremos a los pueblos como conjuntos naturales originarios que fueron necesarios al desenvolvimiento, progreso y avance de la humanidad; pero no sigamos nosotros considerándolos, de hoy en adelante, del mismo modo, porque ese concepto pueblo que se confunde con raza o con nación, debemos agrandarlo en nuestro pensamiento y en nuestro sentimiento de tal modo que se vea en nosotros concepto de humanidad. Así, de lo particular, que somos nosotros, llegaremos a lo universal, que somos todos.

Todo el que dedique sus nobles esfuerzos a la educación — y debe ser educador todo aquél que hable o escriba para otros —, debe tener esto muy presente, pues educar a un hombre es enriquecer a la humanidad con un nuevo valor humano.

Así como el salvaje es naturaleza y sólo naturaleza, a la cual domina todo lo circundante, el individuo que adquiere personalidad humana influye en la naturaleza cambiando lo que circunda y substrayéndose a la sujeción de los elementos que le oprimen, no pudiendo negar que esto sucede en virtud de una excitación del pensamiento creador. Creando circunstancias nuevas, el individuo va creándose a sí mismo. Cuando el individuo comprende la armonía cósmica, se desarrolla en él una ferviente ansia de armonía humana, y es entonces cuando haciendo vibrar sus potencias armónicas, tiende hacia la cooperación en belleza y en libertad.

Al resultado de esa propagación ética del uno al otro y de otros a varios es a lo que podríamos llamar progreso (evolución natural), pues así es como ha ido evolucionando la especie, sin duda alguna, hasta llegar a ser humanidad. No se acelera, por lo tanto, el progreso sino por un aumento de propagación que tendrá como resultado un aumento o aceleramiento de cambios, estando éstos en razón directa del número de valiosas unidades, o individuos, que sean capaces de comunicar a sus hermanos sus ilusiones, sus visiones, sus sueños, sus ideales, sus creaciones, aumentando en el mundo la sociabilidad, la concordia y la armonía.

Comprendo que este mi criterio de paz y armonía, al que los revolucionarios llaman evolucionista, no te conforme; pero yo, como otra vez ya dije, seguiré mi ritmo y continuaré mi rumbo: ritmo de la ética y rumbo de la estética, que fueron el ritmo y el rumbo por los que la especie llegó a ser humanidad.

Mi revolución, lenta pero segura, de avance no de retroceso, de armonía y no de violencia, de cultura y persuasión y no de desenfreno impositivo; esa revolución a la que yo llamo humana, esa revolución anárquica, porque en ella existe el ritmo de la ética y el rumbo de la estética, me encanta, y a ella entrego todas las potencias de mi ser, preparando, como mejor puedo y sé, hombres para la hombría: hombres conscientes de su labor humana, para la humanidad.

## A un joven

De Jean Cocteau, a un periodista suizo que le hizo un reportaje:

— Sugiero a la juventud la conveniencia de plantearse la menor cantidad posible de problemas. Esa será la única manera de que los resuelva.

## A un viejo

Quien mucho abarca, poco aprieta.



## Recuerdos de Ignacio Zuloaga en el aniversario de su muerte

NO sólo esfuerzo de una vida, la de Santiago Rusiñol, a cuyo primer centenario de su nacimiento estamos dando fin, pintor, escritor, coleccionista y hombre de varia y fuerte personalidad, y no sólo tampoco museo, hoy de cosas vivas con su dueño muerto, es el famoso «Cau-Ferrat», de Sitges, legado por el maestro a mi pueblo. Para nosotros, sobre todo eso, el «Cau-Ferrat», con derechos indiscutibles, es el templo artístico de un tiempo de la cultura y sentimientos catalanes, y aun remontando más su símbolo, la piedra angular de un grupo, de una Escuela, con mayúscula, de un modo de ver e interpretar lo europeo desde España, puesto que por el «Cau-Ferrat», mejor que por ningún otro sitio, pasó un día ya lejano el «meridiano de París» en más amplia y entonces inéditas expresiones y premisas del arte nuevo.

Sitges, a España es, por lo menos, lo que Barbizón, retiro y escuela de los pre-impressionistas, es a Francia.

El «Cau-Ferrat» asocia con el nombre de Rusiñol el del pintor Ramón Casas y el de Miguel Utrillo, mi padre, con otro que anduvo muy cerca siempre del grupo sitgesano: me refiero al pintor don Ignacio Zuloaga, de cuya muerte se cumplen estos días dieciséis años.

Hoy, entre las muchas obras de arte que guarda la que fue casa y estudio de don Santiago, los visitantes de todos los climas que llegan al «Cau-Ferrat» contemplan un cuadro de Zuloaga, «El reparto del vino», que el vasco, a través de no poca historia, anécdota y peripecia, donó al autor admirable de «Oraciones». Repasando cartas de mi archivo y también el manuscrito inédito de mi padre (1), así como el admirable libro de E. Lafuente Ferrari «Ignacio Zuloaga», encuentro detalles que me parecen extrema-

damente curiosos sobre las relaciones de Rusiñol y Zuloaga en tiempos, sobre todo para el gran Zuloaga, de bohemia y de esperanza, y entre las cuales la historia del Zuloaga del «Cau-Ferrat», que antes fue otro, tiene a mi entender primer plano de interés, tanto sentimental como erudito.

★

Dice mi padre en su obra citada (2) que «la parte que en la obra del pintor vasco Zuloaga tiene en el conjunto del «Cau-Ferrat» es grande, porque también fue grande la influencia ejercida en las obras y en la vida de Santiago Rusiñol».

Su relación, su amistad, fue mucha y hubo en ella de todo hasta plaza para los pequeños roces y diferencias, dedonde luego el verdadero afecto y la verdadera estimación artística, no más pequeña que aquél, había de salir triunfante.

«Primeramente —continúa diciendo mi padre— distanciados en París, como buenos jefes de grupo que cada uno era, no se enemistaron nunca gravemente, en las disputas que casi corrientemente había entre las figuras accesorias de cada grupo. Ninguno de los dos se entregaba abiertamente al otro; cuando era inevitable ceder, una pequeña ausencia, un resfriado o un cambio de café, dejaban apagar las molestias y una obra lograda, una exposición, el teatro, los conciertos o una excursión borraban todo rastro de disputa así que se veían.»

¿Qué representaban el uno para el otro? Para Zuloaga, Rusiñol debía ser un hombre extraordinario, dotado de enormes posibilidades, ayudado además por ciertos privilegios de orden económico que él, en los años a que hago referencia, no tenía. Pero debía ser también el barco mal gobernado que podía en cualquier momento zozobrar. Los pánicos que el vasco enterizo y bastante sim-

plista sentía por su amigo Rusiñol, entregado con bastante frecuencia a los excesos de la vida, a los paraísos artificiales y a tantas cosas que escapaban a la comprensión de Zuloaga, hombre desde la infancia dedicado y consagrado a la sola idea del trabajo, debieron ser casi angustiosos en algunos momentos. Hay cartas exclusivamente dedicadas a advertirle, con buena y sana voz de vasco fornido, de los peligros en que ve la vida del catalán cosmopolita de honra y peligrosa vida literaria. Una carta suya desde Sevilla (3) lo dice bien claro:

«Querido Rusiñol: Empezaré ante todo por decirte que no comprendo como tienes tan poca voluntad para dejarte dominar por la morfina (siendo un veneno tan activo).

Eso lo hacen los hombres impotentes, nulos o hastiados de la vida, pero no un hombre de tu edad (en la flor), con tu talento, habiendo producido lo que tú has producido y, sobre todo, teniendo por delante el porvenir que tú tienes.

Dominate, querido Rusiñol: mira que luego es tarde, y que te lo dice un amigo que te quiere más que a un hermano.»

Zuloaga era para Rusiñol, naturalmente, todo lo contrario. Quizá admiraba por las mañanas los valores que por la noche le merecían desdén. Mi padre, especie de notario mayor de aquel grupo, dice:

«Para Rusiñol (4), Zuloaga era el hombrón gran pintor, sanote y más joven; siempre fue el querido «Bato», como le llamaba Rusiñol; el pastor fuerte o bueno de los pastorcitos de la infancia, y aunque anduvieran paralelamente o en sentido divergente, aunque estuviesen distanciados, no era más que un efecto óptico y una especie de tristeza más in-

(1) «La vida anecdótica del Cau-Ferrat», por M. Utrillo. Manuscrito inédito depositado en los archivos de la Junta de Museos de Barcelona.

(2) Véase capítulo V del citado manuscrito: «Rusiñol y Zuloaga o la generosidad».

(3) Véase «La vida y el arte de Ignacio Zuloaga», por Enrique Lafuente Ferrari, el libro más importante y exhaustivo referente al gran pintor vasco. Págs. 287 y siguientes.

(4) Véase obra citada.



tuitiva que explicable, siempre se buscaban con afecto en cuestiones esencialmente artísticas, manifestando el culto de una estética idéntica. El tiempo, la experiencia, los desengaños y los triunfos fortalecieron la amistad, el respeto y la afinidad de ideas. Cada entrevista o cada vez que se encontraban casualmente la marcaba un abrazo absolutamente paternal del hermano mayor al benjamín.»

Sus orígenes también eran distintos. Venía Zuloaga de familia de artifices y Zuloaga debía tener muy arraigadas ciertas ideas tradicionales de que en la vida todo se consigue por la constancia y el trabajo.

Don Daniel Zuloaga, el gran ceramista de la barba florida, hablando de su familia a mi padre, entre otras cosas, en una curiosa carta (5), le da la noticia del bisabuelo y abuelo de Ignacio Zuloaga. Habla primero de un don Blas Zuloaga, nacido en Eibar en el siglo XVIII, que casó en Madrid «con una fina madrileña, por cuya causa y por su talento entró de armero con el Rey Carlos IV, llegando a ser Director de la Armería y Arcabucero Mayor de aquellas Majestades, construyendo ricas armas al estilo de la época en la que el maestro era el célebre Montargis».

Su hijo, don Eusebio Zuloaga, nacido en Madrid en 1808, fue pensionado por Fernando VII en París, donde estudió con el armero Lepage Monstier la arcabucería, viniendo luego a establecerse en Eibar, donde fundó primero, su taller, que más tarde trasladó a Madrid. «Fue — dice la carta mencionada — Arcabucero Mayor de Fernando VII, de María Cristina y de Isabel II, y director de la Armería Real, la cual encontró almacenada en las buhardillas del Palacio Real de Madrid por haberlo ordenado así el rey José Bonaparte un día que tuvo que dar un baile.»

«Los maniqués de los caballos que hoy sostienen las armaduras ecuestres de Palacio los organizó don Eusebio con el escultor Pérez y con la ayuda de un italiano llamado Gaspar Sensi, a quien había traído de Italia el pintor José

de Madrazo para hacer litografiar los cuadros del Museo del Prado.

Dejó de ser Director de la Armería Real cuando el destronamiento de Isabel II, cuya cesantía figuró en una lista al frente de los mozos de las Caballerías Reales. No quiso volver a ocuparla a pesar de haberle ofrecido el cargo el Rey Don Amadeo, siendo sustituido por un tal tío Kico, que robó unos brillantes y piedras preciosas a poco de haber sido nombrado director en los primeros días de la revolución del 52.»

Sigue la línea de los Zuloagas el hijo de éste y padre del que después había de llegar a ser genial pintor, que estudió también damasquinado, incrustado y repujado de armaduras antiguas. Este fue también escultor y excelente esmaltador.

El 26 de julio de 1870 nacía el estupendo don Ignacio Zuloaga. ¿Qué había en los destinos de aquel hijo, nieto y bisnieto de artifices virtuosos?

★

Recibió don Ignacio educación esmerada, mas determinados propósitos paternos se estrellaron contra lo decidido de su precoz vocación.

Hay una carta de enorme valor biográfico, aunque un tanto confusa en las explicaciones de su credo artístico, que Zuloaga envió a mi padre cuando contaba treinta años.

«Quisieron — dice — que fuera comerciante, arquitecto, qué sé yo (mil cosas), pero yo no tenía afición más que a la pintura. Mi padre me llevó a Roma, en donde estuve seis meses, pero vi que aquel ambiente no me convenía y me trasladé a París, en donde ya conoces mi vida.

Ya desde aquella época quise ser independiente, y pasé las fatigas que todos hemos pasado.

En cuanto a la cuestión torera (que tanto han exagerado) te diré que tiene parte de verdad. Es decir, que me dediqué una temporada a ello con verdadero entusiasmo y que alguna vez que otra he matado de una manera prodigiosa novillos, y aún hoy, cuando la ocasión se presenta, echo un capotazo.

Pero de ahí a ser verdadero torero hay distancia.

En arte ya sabes cuáles son mis ideales y cuáles mis odios. Soy admirador de los antiguos, y mis predilectos son «el Greco», Goya, Velázquez. Creo que en arte no pueden hacerse cosas nuevas como se hacen en los automóviles, fonógrafos, etc.

Tengo odio a lo que es pintar: «trompe l'œil» y copiar la naturaleza como un cab...

Tampoco creo que el arte consiste en ser fiel a lo que uno ve, pues si yo encuentro una mujer muy guapa y muy mal vestida para pintarla, la vestiré a mi gusto para hacer de ella una «œuvre d'art». No me gusta el «plein air», pues no encuentro en el «claro-oscuro», cosa inevitable para el complemento de un cuadro.

Los antiguos (que no eran más tontos que nosotros) lo tenían, y no lo aprovechaban.

De la «pleinairistes» admiro solamente a Claude Monet. Monet me gusta más en sus cosas negras.

Admiro mucho a Cézanne en sus naturalezas muertas y algunas figuras. En fin, qué sé yo, chico, que te estaría hablando tres días. Pero el hablar no sirve para nada. Lo que hay que hacer es «obrar».

Yo llevo pintados desde los ocho años más de 130 cuadros, que casi todos están en el extranjero.

¡En España ya sabes lo que se me quiere! Pero yo no sueño ni vivo más que para mi arte (el cual me hace sufrir muchísimo), pero no le pido a Dios más que salud para poder «sacar» lo que tengo «dentro».

★

Han pasado desde la fecha de esta carta muchos años, los principales, naturalmente, en la vida artística Zuloaga, pero si bien se observa, tanto lo que dice como lo que quiere decir en esa carta juvenil, se ve que el ideal artístico fue siempre el mismo, tanto cuando se hallaba en el pináculo de su maestría en triunfo, como en la época en que Rusiñol y mi padre fueron predilectos amigos suyos en los años intensos y ricos en anécdotas.

Vamos ahora con la historia del cuadro prometida al principio de este artículo.

★

(5) Véanse en la obra de Lafuente Ferrari los apéndices.



Por el triste escotillón de la muerte han ido desapareciendo, con otras que no por ser de segundo plano resultan menos entrañables para el período de la vida artística que señalamos, figuras señeras como Santiago Rusiñol, Ramón Casas, después, mi padre algo más tarde. El último en dejarnos fue don Ignacio Zuloaga.

Corría el año 1896 cuando Zuloaga obtuvo la medalla de Oro de la Exposición de Bellas Artes de Barcelona. Como suele suceder con desgraciada frecuencia en el mundo artístico español, todo esto del oro a veces resulta puro simbolismo; el merecido éxito no fue acompañado del provecho económico. El cuadro premiado era el titulado «Antes de la Corrida», notable en la obra zuloaguesca y no menos famoso por su divertida y auténtica historia.

Pasaba el fuerte vasco por un momento malo y para aliviarlo en la medida de lo posible vendió el cuadro a un amigo suyo. No estoy seguro, pero podría ser que el comprador fuese mi propio padre.

Más tarde, y de común acuerdo, decidieron ambos que el cuadro pasase a ser propiedad de Santiago Rusiñol (7) y que iría a engrosar la colección del «Cau-Ferrat».

Hay dos cartas de Zuloaga, una dirigida a Rusiñol y otra a mi padre, en las que además de iniciarse la historia del famoso cuadro, se habla de otra que por entonces se hallaba en vías de realización: la historia curiosísima del monumento a «El Greco», que hoy es uno de los máximos orgullos de mi pueblo, es decir, Sitges.

En la carta a Rusiñol dice, entre otras cosas:

«Mucho sentí que no estuvieras en ésa cuando yo estuve, pues hubiéramos pasado muy buenos ratos, pero yo te aseguro que el día que estuve en Sitges fue para mí un día de sufrimientos y goces, mezclados. ¡Qué de recuerdos encontré allí!

Pero sobre todo te felicito por la instalación de la casa, que es un verdadero museo. ¡Qué delicia

vivir allí con las comodidades que tú tienes y rodeado de tan buenos y viejos amigos!

Un abrazo bien fuerte por los hierros.

He recibido carta de Utrillo, donde me dice que estás dispuesto a darme los 100 duros por mi cuadro. Creo que no te parecerá caro; pero yo gozo al mismo tiempo en pensar que mi cuadro vivirá entre amigos.

El cuadro es tuyo desde hoy mismo, pero con la condición de que el día que se inaugure la estatua de «El Greco», me paguéis el viaje a ésa en segunda, pues si por falta de dinero no pudiese estar en ésa ese día, creo que me moriría de pena.»

Ignacio Zuloaga.»

La carta dirigida a mi padre, como la anterior escrita desde Sevilla, dice así:

«Querido Utrillo. He recibido tu carta, por la que veo que Rusiñol se queda con mi cuadro. Casi preferiría regalárselo que vendérselo por ese precio; pero para volver a pintar necesito dinero.

En fin, siendo para un amigo que quiero tanto y sabiendo que mi cuadro estará rodeado de amigos buenos, es lo único que me consuela.

Pero en la carta que acabo de escribir a Rusiñol le digo lo mismo que a ti y es: que ha de ser con la condición de que me paguéis el viaje de ida y vuelta a Sitges, en segunda, el día de la inauguración de la estatua a «El Greco», pues si yo me encontrara sin medios para ir a ésa ese día, estoy seguro que me daba algo y caía enfermo.

Creo esta petición natural, pues repito no creo el cuadro caro.

Dime si Rusiñol ha trabajado mucho en Granada y dime lo que piensa sinceramente de mi cuadro. ¿Cuándo piensan hacer algo estos críticos sobre la exposición?

Sinceramente tuyo y agradecido, Zuloaga.

Luchana, 10. Sevilla.»

Así es cómo «Antes de la Corrida» quedó instalado en el «Cau-Ferrat». Pero no definitivamente como creyeron Zuloaga, Rusiñol y mi padre.

★

No definitivamente porque en el año 1900, Zuloaga, queriendo

concurrir a la Exposición Universal de París, le pidió el cuadro a Rusiñol, Santiago Rusiñol aceptó gustosísimo. Sin embargo, contra toda lógica, el cuadro no fue admitido, «pretextando —comenta mi padre en sus recuerdos— que era demasiado grande, cuando se veían cuadros que representaban salas de hospital casi de tamaño natural y «coliseums», en cuyo pedazo de tela cabían un poco más que una cuarta parte de entrada».

Pero entonces una oferta considerable impidió el retorno de «Antes de la corrida» al «Cau-Ferrat». El Museo de Bruselas hizo una proposición ventajosísima al artista, rechazado en la Exposición Universal de París, y éste, naturalmente, consultó a su propietario y amigo Santiago Rusiñol.

Rusiñol, antes que propietario y coleccionista, era eso que es tan raro encontrar: un verdadero camarada. Naturalmente —no podía ser de otro modo— le contestó a Zuloaga que podía venderlo.

Dato curioso también es que el cuadro «Antes de la corrida» mientras estuvo en el «Cau-Ferrat» figuró de una manera. Pero al enviarlo a la Exposición Universal de París, el artista borró el perro y pintó con colores algo más vivos los vestidos de las señoras que aparecen a la derecha, tal y como se encuentra hoy en el Museo de Bruselas.

A cambio del cuadro vendido, Zuloaga envió a Rusiñol otro, «El reparto del vino», que es el que hoy puede admirarse en el citado museo.

Como pocos —quizá ninguno— de los visitantes de esta casa que Rusiñol amó tanto y que tan enorme papel y símbolo juega en la historia del arte contemporáneo español, conocen estos detalles curiosos y reveladores de anécdotas, hoy valiosas por la importancia de sus protagonistas, he creído de interés escribir cuanto antecede. Porque si es una tentación irresistible para mí glosar epistolarios, revolver memorias, sacar a la luz capítulos dormidos de la vida del arte y de las letras, en algunos casos, como en éste, es también un deber sentimental ineludible.

Miguel UTRILLO

(6) Véase el manuscrito de mi padre.



# ¿Humildad o pedantería?

Una mano de un hombre se parece más a su pie que a la mano del otro.

F. F.

por F. FRAK

**E**L ser humano ha renunciado a ser HOMBRE para ser socio. Renuncia trabajosamente a ser un individuo, para convertirse en una molécula, en una parte de todo. Siendo el individuo un mundo completo, rodeado de otros seres organizados dentro de esa gran armonía que llamamos vida, pero completamente diferente a ellos, debe seguir una dirección y unos impulsos propios. Un hombre nunca es igual a otro hombre: es semejante. La constitución física y las fuerzas mentales del hombre no pueden mezclarse ni combinarse con las de sus semejantes: pueden colaborar con ellas. Biológicamente la humanidad es un mito. Es el individuo considerado como unidad la fuerza es verdadera capaz de un desenvolvimiento y de una acción. Una mano de un hombre se parece más a su pie que a la mano del otro. Tienen ambos miembros de una misma persona, idéntica constitución, una naturaleza similar y propia, deben moverse en un mismo espacio sin que les sea dado separarse más de una distancia muy reducida, y no se puede atacar a la vitalidad de uno, sin que se vea fuertemente influenciada la de otro; mientras que la mano de un semejante tan sólo la apariencia tiene de común. Si se destruye una, la otra no sufre ningún inconveniente ni molestia. Siendo, pues, el hombre un todo animado de una vida propia, y que biológicamente muy rara vez necesita de la colaboración de sus semejantes de una forma vital (para reproducirse o hasta que ha adquirido un cierto desarrollo) es de una forma cerebral y hasta cierto punto forzada que pasa a ser parte de un todo.

Por vonveniencia y guiado por su instinto de conservación, ha aceptado el hombre prescindir de algunos de sus derechos de individuo para someterse a la colectividad. La unión de los hombres en la sociedad ha traído a los humanos una serie de ventajas y facilidades que le han reafirmado en su decisión de vivir agrupados. Es al agruparse que han surgido las anomalías, y la artificialidad de los deberes impuestos, sofoca corrientemente los derechos propios y naturales del individuo. El orgullo, la vanidad, la petulancia, la pedantería, etc., son las afirmaciones naturales; la humildad y la modestia, las obligaciones impuestas.

Siempre he sonreído escépticamente al leer a ciertos autores propugnar por un naturismo absoluto. Eso es lo mismo que volver a los balbuceos de la humanidad. La verdadera fuerza del hombre está en la asociación. Si el hombre fuese un animal solitario, quizás la especie humana hubiese dejado de existir. La solidaridad con sus semejantes, le ha permitido vencer a otras fuerzas y a otras especies que jamás hubiese vencido individualmente, pero sin enemigo común a quien combatir se revuelve contra su antiguo cooperador.

Una de las razones de esto estriba en la renuncia que se le quiere imponer de sus derechos individuales, en lugar de permitirle el desarrollo de sus facultades naturales con las menores limitaciones posibles, dejando a su buen juicio el dominio de ellas, y no imponiéndole obligaciones ridículas en nombre de un convencionalismo o formalismo más ridículo todavía. Amenazada la sociedad actual por un peligro próximo y cierto de una fuerza exterior, tal los habitantes de otro planeta, cesarian automáticamente las divergencias existentes para combatir unidos al enemigo común.

Para que el hombre viva en sociedad se le exige que renuncie a cosas a las que no puede renunciar, y estas exigencias en el choque con las fuerzas naturales, son el origen de la hipocresía, y por ende, de la maldad, ya que no creo que el hombre sea malo instintivamente. Acepto que el vivir en la sociedad exige renunciaciones, pero creo que éstas no deben ser nunca más de las estrictamente necesarias. Todas las facultades que se relacionan íntimamente con la mentalidad deben gozar de un libre desenvolvimiento. En tal caso se encuentran todas las afirmaciones del yo desde el punto de vista ideológico. La pedantería está entre ellas. Los espíritus verdaderamente selectos (que no es lo mismo que cultos) pueden soportar todas las críticas y escuchar todas las opiniones con ecuanimidad. Existiendo la sinceridad, todas las palabras pueden ser pronunciadas, o mejor, deberían poder ser pronunciadas. El inconveniente consiste en que los hombres no son ecuanímenes. Ante espíritus selectos la pedantería pasaría a ser una virtud natural.

Puede ser que el mayor error del Cristianismo esté en el enaltecimiento absoluto de la humildad, contrario a la ley natural, y a la importancia que debería tener un ser hecho «a la imagen y semejanza del Creador». En realidad todas las virtudes cristianas tienden al anodamiento del individuo, siendo así la humildad el punto común de todas ellas y la cima más alta de perfección. Y sin embargo la humildad del Cristo puede ser ampliamente discutida, marcando una contradicción visible entre las exigencias del dogma y el ejemplo del Maestro.

La vida de Jesús es una sucesión ininterrumpida de actos de vanidad. Cada vez que el Cristo decía «En verdad, en verdad os digo...» ponía sus palabras por encima de toda duda; afirmaba innegablemente una superioridad sobre sus oyentes; sus milagros, si los hubo, no son otra cosa que alardes de una potencia superior a las leyes de la Naturaleza, e incluso su muerte es una expresión de



orgullo. El «perdónalos que no saben lo que hacen» puede ser comparado a la fanfarronada de cualquier bravucón perdonavidas. Aún aceptando que el Cristo fuese verdaderamente Dios, ¿no era muestra de orgullo el permitir cuantas «judiadas» se le hacían pudiendo muy bien evitarlas? ¿No era despreciar a los verdugos? ¿No era demostrarles una superioridad? Algo así como decirles «Sois tan inmundos gusarapos que no merecéis ni que os tome en serio.»

Cuando se habla de la humildad de Jesús, se cita siempre su actitud como respuesta a las palabras de los sacerdotes: «Tú, el que derribas el templo y en tres días lo reedificas, sálvate a tí mismo. Si eres hijo de Dios, desciende de la cruz» (S. Mateo, cap. 26, vers. 40) y a las que añadían los que pasaban: «A otro salvó, a sí mismo no puede salvarse. Si es el rey de Israel desciende de la cruz y crearemos en él». (S. Mateo, cap. 26; vers. 42) y el Cristo permanecía en la cruz. ¿Humildad? No, nada de eso. Por humildad hubiese descendido. Si no era Dios no podía librarse y estaba obligado a soportar todos los sufrimientos, pero si lo era, permaneció en la cruz porque el escuchar las palabras de desafío suponía conceder a quienes le zaherían una importancia que sólo alguien verdaderamente modesto podía conceder (1).

La misma creación puede ser considerada como una prueba de vanidad. Difiero en esto de Unamuno que la consideraba como la más sublime expresión de modestia, por cuanto el Ser Omnipotente, nos entregaba una obra a nuestra crítica.

El entregar una obra a la crítica supone «a priori» el reconocimiento de una capacidad para juzgar y la posibilidad de error en el artifice, cosas impropias de ser admitidas por la Divinidad. Si el Creador ve en el hombre cualidades para juzgarle, tan sólo puede hacerlo por «narcisismo», complaciéndose en la perfección de una parte de su obra, lo que es contrario a la modestia, y que deja ver sobre todo la duda de no haber acertado en su tarea. Yo no veo la humildad por parte alguna. Es, trasladados sus miembros al Infinito, la misma situación que la del autor dramático que estrena una obra. No es modesto por hacerla presentar, sino que, por el contrario, hace pruebas de vanidad al propagar y mostrar a la admiración (casi nunca de la crítica) el fruto de su trabajo. Ni siquiera creo que se pueda decir que a Dios le «ha salido la criada respondona» porque, en realidad, el hombre no critica en la Creación la obra, de la que la mayor parte escapa todavía a su conocimiento, critica únicamente los detalles, los acontecimientos y nadie, ni los ateos verdaderamente convencidos dejan de reconocer la magnificencia de la Naturaleza y del Universo todo. Se equivocaba Unamuno también porque la Creación,

(1) El lector avisado comprenderá que algo tan profundo como lo que estoy tratando no puede aclararse en unas simples líneas de un artículo. La forzada comprensión quita valor a los argumentos, pero el tema lo juzgo interesante para quien tenga luces naturales, medios y tiempo que dedicar a su desmenuzamiento.

según la versión católica, sobrepasa las fuerzas de los hombres. ¿No es vanidad el intentar asombrar, maravillar, deslumbrar a seres inferiores con una obra que por su magnitud no pueden o no han podido comprender hasta ahora? El entregar el Universo a la crítica de los hombres es como el ir a recitarles versos a los elefantes del parque zoológico. Cuando el hombre llegue a comprender las cosas, podrá emitir una crítica favorable o desfavorable, de la misma manera que el día que los elefantes llegasen a comprender el ritmo y el significado de una composición poética, podrían juzgarla.

La única crítica que creo factible es la que dude del artifice, y en tal caso ¿qué puede importarle al Creador tal duda, desde el momento que se admira la obra? No es más modesto quien firma sus obras con un pseudónimo que quien lo hace con su nombre. El orgullo de ambos está en la obra y quien no se da a conocer como autor de sus obras, más lo hace por alguna necesidad o ventaja que le proporciona, que por carecer de ese deseo tan humano y natural de ser admirado.

Quizás el pensamiento unamunescos se refiriese al permiso o autorización que Dios ha concedido a los mortales para que emitiesen juicios sobre su obra, pero esto no puedo comprenderlo si no admito que tenía la idea preconcebida de sentirse halagado si le eran favorables y de despreciarlos por incompetentes en caso contrario. Cuanto más reflexiono menos veo las razones que pudo tener el gran pensador para afirmar tal cosa.

Una prueba del origen instintivo en el hombre de la vanidad, la tenemos en las personas más simples, en aquellas que han tenido menos contacto con la hipocresía de la sociedad. Desconocen completamente la diplomacia, son más nobles y más sinceros, y por lo tanto, la ocasión llegada, más pedantes.

A Rafael Molina le preguntaron en cierta ocasión que si era buen torero su rival, Salvador Sánchez «Frascuero», y él respondió: «Figúrate si será güeno que lo acompañan conmigo.» Difícilmente puede encontrarse una respuesta más pedantesca. Años más tarde a uno de sus discípulos, Rafael Guerra, le preguntaron a quien consideraba el mejor torero de su época y contestó: «El mejor yo... aluego naide... y dimpués, Fuentes...» El hombre había recibido lecciones de tauromaquia bien aprovechadas, pero en pedantería había sobrepasado a su maestro. En este «aluego naide» quedaba bien plasmada la diferencia que existía, entre sus condiciones y las de sus compañeros de profesión. A mí, el gesto de ambos lidiadores me parece simpaticísimo. En sus palabras mostraban el alma sin trampa ni cartón, con la sencillez de su nobleza. Ambos eran iletrados, no entendían de las sutilezas, de las mentiras, de los convencionalismos que el convivir con los humanos instruidos exige, y se mostraban tal cual eran. Con toda sinceridad. Desde que la lei he considerado como una de las mayores barbaridades que se han escrito la frase de Vargas Vila «la sinceridad es una traición a sí



mismo, la peor de las traiciones». No quiero entenderme ahora sobre la sinceridad.

La opinión que «Lagartijo» y «Guerrita» tenían de sí mismos era la que predominaba entre sus coetáneos, pero podía muy bien haber sucedido que se tratase de dos mediocridades, y en tal caso hubiesen sido objeto de risa y calificados de pedantes. Al llegar aquí una pregunta se impone: ¿Me hubiese parecido bien que pronunciasen tales palabras si no hubiesen sido dos lidiadores excepcionales? Si, rotundamente sí. La soberbia no sólo la considero natural, sino que incluso, en ocasiones necesaria. En el artista, por ejemplo, es imprescindible, porque únicamente quien tenga una gran opinión de sí mismo, de su propia personalidad, puede osar salir de las líneas marcadas y trazar las suyas propias. Un hombre de ciencia, un investigador, no puede en ningún caso ser modesto porque si duda de sí mismo, si duda de sus posibilidades, dudará necesariamente de su obra. Puede ser modesto ante la Ciencia, ante la Naturaleza o ante Dios si es creyente, pero no puede considerarse inferior a ninguno de sus semejantes en el objeto de su investigación. Tiene que osar, debe atreverse, debe pensar que si los hombres han llegado hasta allí, él puede ir más lejos. El humilde, el que no tiene confianza en sí mismo, nunca traspasará la línea que los otros han trazado. El Progreso, toda la evolución que depende de la voluntad de los hombres tiene su origen en el orgullo personal, en el ansia de singularizarse de que he hablado antes.

Como creo, pues, que la soberbia es una cualidad natural en los humanos y además imprescindible a la evolución, no puedo desear que desaparezca, y tampoco puedo desear el verla envuelta en el engaño de la diplomacia y de la más vil hipocresía, para que todo el mundo finja creer lo que nadie cree. La verdadera alteza del espíritu debe manifestarse en la ecuanimidad de los juicios, que precisa, no la desaparición de las pasiones, mas su dominio. El buen juicio no debe estar refino con la sinceridad y de las dos clases de pedantes que existen, los sinceros y los egocentristas engañados, merecen todos mis respetos los primeros y una sonrisa entre irónica y compasiva los segundos.

Quien mejor soporta las afirmaciones pedantes de quienes le rodean más alto se coloca en el escalafón de la dignidad humana para el que no sirven ni la ciencia que se posee ni los medios económicos que se acaparen. El ser pedante no tiene otro inconveniente que molestar al prójimo, pero considero que el ser que se molesta por una afirmación pedantesca es porque se siente él mismo herido en la propia. ¿Por qué ébas a enfadarte, lector, si José María Pemán te aseguraba que conocía el castellano más profundamente que tú? Es casi seguro que es una verdad y deberías admitirla sin discusión; únicamente que podrías contestarle que los cien metros libres los recorres en algunos segundos menos que él y puede la vida presentarte la ocasión en que sea más conveniente para ti el

ser rápido que el ser erudito. No podrías ser pedante con él en literatura, pero podrías serlo en atletismo, en albañilería, en agricultura, etc., y sobre esa base cimentarias la seguridad de no ser inferior a él.

En una ocasión leí en un periódico afín: «Cada uno sabemos nuestras cosas y entre todos sabemos todas». Seamos, pues, pedantes cada uno en la nuestra y acabemos de una vez con la hipocresía.

Creo, por otra parte, que en la soberbia se encuentra el verdadero instrumento de la justicia social. El convencimiento de destacar en un aspecto de la vida, de la seguridad del propio valer personal y al mismo tiempo la seguridad para reconocer nuestra incompetencia en otros aspectos, originando así la soberbia necesaria para no someterse y el buen juicio preciso para no intentar esclavizar. Las diferencias actuales de los individuos tienen sus causas más que en la potencia de los unos en la forzada humildad a que se someten los otros. En una obra de Jean-Paul Sartre sobre la cuestión racial en América del Norte, hay un hombre negro que se ve perseguido injustamente peligrando su vida, y cuando se le entrega una pistola para que se defienda, se siente incapaz de manejarla contra el hombre blanco por lo acendrado que está en él la inferioridad en que se encuentra respecto a su probable verdugo. A las clases más desfavorecidas de la sociedad, les falta la pedantería de que hacen gala los bien situados. Que nadie vea en esto una contradicción con lo que afirmé anteriormente sobre el origen de la pedantería. Creo que la humildad de las llamadas clases «humildes» es impuesta y aplasta el germen de la vanidad, instintivo en los humanos. Hay seres que no pueden hacerse a la idea de que cambiando algunas circunstancias, como la educación recibida, podrían ser iguales o superiores a los pseudo-dioses de las clases privilegiadas. En la juventud sobre todo es necesario que exista esta vanidad. Goethe en su «Fausto» le hace decir a Mefistófeles: «El joven que no tenga dosis de vanidad, vale más que se ahorque.» Si bien es el diablo quien pronuncia esas palabras, a mi entender habla en tal momento «como los propios ángeles».

Además, si alguien cree de sí, más y mejor de lo que en realidad es, será una bendición para él y sus semejantes si intenta demostrarlo con obras; lo deplorable será que permanezca inactivo. Para mí, pedantería es sinónimo de optimismo personal, la cualidad más importante para la juventud. Antes que la humildad sumisa, el orgullo sereno; antes que la hipocresía de la modestia, la sinceridad de la propia opinión, aunque sea errónea. El hombre sereno, consciente, ecuaníme, está obligado a reconocer cualidades en sus semejantes que él no posee y por el mérito de ellas respetarlos, pero debe ser también lo bastante vanidoso para no considerar las suyas inexistentes y tener el valor de ser sincero, aun a costa de la hostilidad que el formulismo no faltará de presentarle. Nada puede haber más importante para el hombre, que él mismo.



Ya va a venir el día; pasan,  
han abierto en el hotel un ojo,  
azotándolo, dándole con un espejo tuyo...  
¿tiemblos? Es el estado remoto de la frente  
y la nación reciente del estómago.  
Roncan aún!... Qué universo se lleva este ronquido!  
Cómo quedan tus poros, enjuiciándolo!  
Con cuántos doses ¡ay! estás tan solo!  
Ya va a venir el día, ponte el sueño.

Ya va a venir el día, repito,  
por el órgano oral de tu silencio  
y urge tomar la izquierda con el hambre  
y tomar la derecha con la sed; de todos modos,  
abstente de ser pobre con los ricos,  
atiza  
tu frío, porque en él se integra mi calor, amada víctima.

Ya va a venir el día, ponte el cuerpo.  
Ya va a venir el día;  
la mañana, la mar, el meteoro, van  
en pos de tu canción, con banderas,  
y, por tu orgullo clásico, las hienas  
cuentan sus pasos al compás del asno,  
la panadera piensa en ti,  
el carnicero piensa en ti, palpando  
el hacha en que están presos  
el acero y el hierro y el metal; jamás olvides  
que durante la misa no hay amigos.  
Ya va a venir el día, ponte el sol.  
Ya viene el día; dobla  
el aliento, triplica  
tu bondad rencorosa  
y da codos al miedo, nexo y énfasis,  
pues tú, como se observa en tu entrepiernas y siendo  
el malo ¡ay! inmortal  
has soñado esta noche que vivías  
de nada y morías de todo...

★

## EL DESTINO DEL ARTE Y LA LITERATURA

El arte y la literatura encuéntrase librados a una batalla de proporciones jamás observadas en otras culturas posteriores a la noche de los tiempos que precedieron a la caída del mundo antiguo. El materialismo, como objeto de cotización, estuérzase por imponer su hegemonía absoluta sobre el valor espiritual y estético de la obra de arte. La técnica

tro de la poesía, sino de la literatura en su totalidad y las ciencias afines, que dignifican al arte de este siglo decadente.

Otras literaturas, colocadas igualmente en situación de peligro, como las provenientes de detrás de la cortina de hierro, que se esfuerzan por sobrevivir en un destierro terriblemente mortificante, experimentan los duros cambios impuestos por circunstancias tan adversas. El resultado final, si una gran confianza no las anima, concurrirá sin duda en detrimento de la obra artística que de ellas podría esperarse, por la promesa humana que ofrecen en este mar insondable de contratiempos y vicisitudes que inunda la civilización moderna del salvajismo medioeval que el hombre vive. Sin libertad, el ostracismo es la consecuencia inmediata de todo movimiento cultural. La tragedia tiene contornos universales y sólo la fe en el porvenir puede alentar la resistencia, aun en condiciones tan desfavorables. Pero en lo que a la literatura ibérica se refiere, por la identificación con el nuevo ambiente, el contacto con la realidad contemporánea, que otras corrientes culturales europeas no han experimentado, contribuye felizmente al establecimiento de un principio civilizador en pleno desarrollo. Por el número de cultores y la calidad de los artistas, estamos en presencia de un movimiento que immortaliza, sobre todo en poesía, el genio constructivo y humanístico, eminentemente creador, arrancado de la expresión de nuestra lengua secular.

GREGORIO OLIVAN

★

## HOY TIENE ALAS BARCELONA

Había que levantarla  
a despertar las estrellas.  
Ciento cincuenta aviones  
tiran de nuestras cadenas  
y se alegran los esclavos  
de ver que van a romperlas.  
Salta su alegría al aire,  
que allí no tiene barreras.  
La brisa de abril rebrota  
flores de esperanza nueva.  
El alma, simiesca, imita  
del avión las piruetas.  
Y de los sepulcros surgen  
setecientas manos muertas  
— muertos de bombas facciosas,



martires de la inocencia —  
que alzan los puños cerrados  
con alegría siniestra  
y exigen pronta venganza  
a aquellas aves cetreras  
(palomas de nuestra paz  
que forjaron en la guerra).  
Hoy tiene alas Barcelona:

Que tal su espíritu vuela  
metido en estos motores  
que en el aire canturrean.  
Hoy todos tenemos alas,  
como gallos de pelea,  
como cóndores andinos,  
como águilas montañeras.  
Hemos remontado ya  
los abismos de la pena.  
Una pancarta de triunfo  
los aparatos diseñan.  
Cegados de luz los ojos  
desde aquí la deletrean.  
Al entrar los aviones  
«voló la corneja diestra».

★

## ALBORADA DE GLORIA EN LA FIESTA DEL MUNDO

En aquel «ardiente amanecer del mundo», cuando la tierra manaba sangre y el cuerpo desgarrado se resistía a morir y los labios sonreían ante la desventura porque el mañana cierto ofrecía al alba los más vivos resplandores, el poeta deja en libertad la imaginación para que lleve su canto a todos los confines del horizonte. Ahora es Sevilla, la capital andaluza que mira al desierto, la que le arranca sentidas estrofas: «amorosa ciudad, la ciudad más esbelta que encina de una torre» lleva su nombre puesto. «Dolor a tienda suelta: la ciudad de cristal se empaña, cruje. Un tormentoso toro da una vuelta y al horizonte y al silencio, y mugen». La ciudad que viviera bajo una cabellera de mujer soleada, sobre una perfumada cabellera, la ciudad cristalina ya pisoteada», donde la bota «hunde su marca en el jazmín ligero y pesa sobre el naranjo aleteante: y pesa y hunde su talón grosero un general de vino desgarrado, de lengua pegajoso y vacilante, de bigotes de alambre groseramente astado. Mirad, oid: mordiscos en las cejas, cepos contra las manos, horrores relucientes por las cejas, luto

todavía, sus hambres, sus pedazos. Su cadáver estaba lleno de mundo».

Con Vallejo, con su misma voz y en su propio lenguaje, digamos a coro: Cuidate España, tu propia España que es América y el mundo entero! Cuidate de la víctima a pesar suyo, del verdugo a pesar suyo! ¡Cuidate del que antes de que cante el gallo, negarte tres veces; de las calaveras sin las tibias, de los nuevos poderosos, del que come tus cadáveres, del que devora muertos y vivos! Del leal ciento por ciento, del cielo más allá del aire y del aire más allá del cielo; de los que te aman, de tus héroes, de tus muertos, del futuro y que otros poetas liberen de polvo la corona cubierta de polvo que asciende del alma y sube del fuego, le calce y dé un trono al cielo biznieto del humo y del infinito donde acaban los justos. Y devuelva a la tierra, en tumulto de palmas, la medalla sin llanto y sin vientre a cuestras. Que el hierro descendida y se humille al gorrion y dé formas de hombre a falaz vanagloria. Que aviente a los barbaros y que cina de dioses a los átomos. Sudario del pueblo, que vas al futuro, que el corazón te guie y te dé alas en el verde follaje de los campos. Porque de allí saldrá la luz que es sangre convertida en abundancias, sin puntas de pañuelos tristes ni el alma coronada de guillarros, ni reptiles de pestaña inmanente, ni trigos solitarios.

★

## LOS DESGRACIADOS

César Vallejo

Ya va a venir el día; da  
cuerda a tu brazo, búscate debajo  
del colchón, vuelve a pararte  
en tu cabeza, para andar derecho.  
va a venir el día, ponte el saco.

Ya va a venir el día; ten  
fuerte en la mano a tu intestino grande, reflexiona,  
antes de meditar, pues es horrible  
cuando le cae a uno la desgracia  
y se le cae a uno a fondo el diente.

Necesitas comer, pero me digo,  
no tengas pena, que no es de pobres  
la pena, el sollozar junto a su tumba;  
recomiéndate, recuerda,  
confía en tu hilo blanco, fuma, pasa lista  
a tu cadena y guárdala detrás de tu retrato.  
Ya va a venir el día, ponte el alma.



la libertad de todos, del explotado y del explotador, por la paz incolora — la sospecho cuando duermo al pie de mi frentón y más cuando circulo dando voces y hacedlo, voy diciendo, por el alfabeto a quien escribo, por el genio descalzo y su cordero, por los camaradas caídos, sus cenizas abrazadas al cadáver de un camino! Para que vosotros, voluntarios de España y del mundo vinierais, soñé que yo era bueno, y era para ver vuestra sangre, voluntarios... Marcha hoy de vuestra parte el bien ardiendo».

Que otros poetas expresan el gusto y sabor de la palabra, que su estrofa exalte en toda su plenitud el sentimiento de la lengua, que interpreten y exalten la moción, y que del verbo se sirvan para construir la herramienta de nuestra libertad. El mundo entero espera el poeta que cante a nuestro siglo, con sus revoluciones en pos de un bienestar siempre mejor; de las hazañas del hombre en artes y ciencias; de los descubrimientos que consigo trajo aparejados la técnica y la industria, expurgada de su fenicio cinismo, tiene su parte poética. Que en ellos traigan a flor de labios cuantas esperanzas nos promete el futuro y nos digan qué seremos o cómo deberemos ser mañana cuando la hermandad nos sude, como fundidos en una sola persona y en un mismo sentimiento. En César Vallejo encontramos cuanto podemos ser hoy como personas existentes en este momento histórico, cuando la vida se multiplica y la acción del individuo se bifurca en todos los sentidos. El nos pone en contacto con la parte inmaterial, irrealidad a nuestros ojos del presente, si evidentemente lógica mañana. Sus ojos y su alma nos descubren como elementos del porvenir. Lo que somos ahora, en este instante, para él es fugaz, pasajero, ajeno quizás. Lo que representamos pasará desapercibido y el sol proseguirá iluminando la tierra. Lo que podremos ser mañana es lo que descubrimos a través de su verso plétórico y macizo de ideas.

Su poesía es única porque no hay rípió ni frase de relleno «ni abuso de la metáfora» y pocas veces de las imágenes. Nada extraordinario ello significa en el mundo poético; pero es que en Vallejo, dentro de su estilo, hay ideas claras y conceptos concluyentes. No conocemos «en nuestra lengua un caso de tal descarnadura poética, de exactitud, de rechazo a la obesidad de la palabra». Y de ahí que no se trate de literatura, sino de una explosión emotiva que no ha sabido expresar de otra forma que en estrofas singulares, a veces descaradas y cruelmente patéticas y otras emotivas y sentimentales, como en aquel Pedro Rojas «que nació muy niño, mirando al cielo, y que luego creció, se puso rojo y luchó con sus células», con todas sus células del alma».

en las azoteas, muerte en los sevillanos. Cólera contenida por los gestos, carne despedazada ante la soga, y lágrimas ocultas entre los tiestos, en las roncadas guitarras donde un pueblo se ahoga», son la nota más alta del instante en que la contienda adquiere los contornos más álgidos.

«Un clamor de oprimidos, de huesos que exaspera la cadena, de tendones talados, demolidos por un cuchillo sierro y patibulos y cárceles degüellan los gemidos, la juventud, el aire de Sevilla. Amordazado el ruiseñor, desierto el arrayán, el día deshonrado, tembloroso el cancel, el patio muerto y el surtidor, en medio, degollado». Así era entonces, de penumbra, lo que antes fuera claridad radiante y alegría contagiosa. «Mantillas mustias, mustias porcelanas violadas a la orilla de la fosa».

«Con angustia y claveles oprime sus ventanas la población de abril. La cal se altera eclipsada con rojo zumo humano. Guadalquivir, espera: ¡No te lleves a tanto sevillano!, porque uncido al yugo de la esclavitud va el «buey» sombrío; en la ciudad de mayo sólo hay grises inviernos, en la ciudad del río sólo hay podrida sangre que resbala: sólo hay innobles cuernos en la ciudad del ala. Espadas impotentes y borrachas, junto a bueyes borrachos, se arrastran por la eterna ciudad de las muchachas, por la airosa ciudad de los muchachos», que se queda sin cantares, sin malvones y sin río y sin el abierto optimismo que puso mieles y hermosura en la gracia andaluza.

«Yo te veré: vendré desde Castilla, vengo desde la tierra castellana, llego a la Andalucía olivarrera, llamado por la sangre sevillana fundida ya en claveles por esta primaveras. Vengo con una ráfaga guerrera, de jinetes y potros populares, que están cavando al monstro la agonía entre cortijos, torres y olivares». Y en Juramento de la Alegría, tomando como centro el mismo tema que roba las imaginaciones y hace olvidar el día y la noche donde «una historia de polvo se deshoja» e irrumpe «un sol unánime, batiente», añade que «es un pleno de abriles, una primaveral caballería, que inunda de galopes los perfiles de España: es el ejército del sol, de la alegría. Desaparece la tristeza, el día devorador, el marchitado tallo, cuando, avasalladora llamarada, galopa la alegría en un caballo igual que una bandera desbocado. A su paso se paran los relojes, las abejas, los niños se alborotan, los vientres son más fértiles, más profundas las trojes, saltan las piedras, los lagartos trotan. Se hacen las carreteras de diamantes, el horizonte lo perturban mieses y otras visiones relampagueantes, y se sienten felices los cipreses. Avanza la alegría derrumbando montañas y las bocas avanzan como escudos. Se levanta la



risa, se caen las telarañas ante el chorro potente de los dientes desnudos. La alegría es un huerto del corazón con mares que a los hombres invaden los rugidos, que a las mujeres muerden los collares y la piel de relámpagos trancidos».

Y luego de esta simbólica descripción, tan reventona en imágenes plásticas, termina con estas estrofas virgilianas: «Alegraos por fin los carcomidos, los desplomados bajo la tristeza: salid de los vivientes atalides, sacad de entre las piernas la cabeza, caed en la alegría como grandes talitugas. Alegres animales, la cabra, el gamo, el potro, las yeguas, se desposan delante de los hombres contentos. Y parecen las mujeres lanzando carcajadas, desplegando en su carne firmamentos. Todo son jubilosos juramentos. Cl-garras, viñas, gallos incendiados, los árboles del sur: narajos y nopales, higueras y palmeras y granados, y enci-ma el mediodía curtiendo cereales. Se despedaza el agua en los zarzales: las lágrimas no arrasan, no duelen las espigas ni las flechas. Y se grita: ¡Salud! a todos los que pasan con la boca anegada de cosechas. Tiene el mundo otra cara. Se acerca lo remoto en una muchedumbre de bocas y de brazos. Se ve la muerte como un mueble roto, como una blanca silla hecha pedazos. Sali del llanto, me encontré en España, en una plaza de hombres de fuego imperativo. Supe que la tristeza corrompe, enturbia, daña... Me alegré seriamente lo mismo que el olivo».

El mismo confiesa que ha salido de la noche del oscurantismo, que ha roto con el pasado y que otro poeta con distintos acentos y tonalidades aparece en el firmamento de la lengua castellana que «llega desde la edad del mundo más remota a ofrecer a la tierra su copa sacudida, a sustentar la sed y la sal gota a gota, a iluminar la vida. Hijo del movimiento, primo del sol, hermano de la lágrima, deja rodando por las eras, del abril al octubre, del invierno al verano, áureas entredaderas» que canta «el sabor de la tierra que se enriquece y madura, de la que caen «los copos del llanto laborioso y oliente, maná de los varones y de la agricultura, bebida de mi frente». Y se dirige a los yertos en el ocio sin brazos, sin mística, sin poros» que no usarán la corona de los poros abiertos, que vivirán maloliento y «moriréis apagados», pues que la «encendida hermosa reside en los talones de los cuerpos que mueven sus miembros trabajados como constelaciones. Entregad al trabajo, compañeros, las frentes: que el sudor, con su espada de sabrosos cristales, con sus lentos diluvios, os hará transparentes, venturosos, iguales».

Detenido el curso del sol en esta alborada de gloria, la poesía reapareció lozana como para asistir a las fiestas del

Y después de esta introducción laudatoria se dirige al «proletario que mueres de universo, ¡en qué frenética armonía acabará tu grandeza, tu miseria, tu vagabundaje impiente, tu violencia metódica, tu caos teórico y práctico, tu gana dantesca, españolísima, de amar, aunque sea a traición, a tu enemigo! Liberador cenizo de griletes, sin cuyo esfuerzo hasta hoy continuaría sin asas la extensión, vagarían acéfalos los clavos, antiguo, lento, colorado el día, ¡nuestros amados cascos insepultos! Campesino caído con tu verde follaje por el hombre con la inflexión social de tu menique, con tu buey que se queda, con tu física, también con tu palabra atada a un palo y tu cielo arrendado y con la arcilla inserta en tu cansancio y la que estaba en tu uña, caminando! Constructores agrícolas, civiles y guerreros, de la activa, hormigueante eternidad: estaba escrito que vosotros haríais la luz entornando con la muerte vuestros ojos; que, a la caída cruel de vuestras bocas, vendrá en siete bandejas la abundancia, todo en el mundo será de oro subido y el oro, tabulosos mendigos de vuestra propia secreción de sangre, y el oro mismo será entonces de oro! Se amarán todos los hombres y comerán tomados de las puntas de vuestros pañuelos tristes y beberán en nombre de vuestras gargantas infaustas! Descansarán andando al pie de esta cerrera, sollozarán pensando en vuestras órbitas, venturosos serán y al son de vuestro atroz retorno, florecido, innato, ajustarán mañana sus quehaceres, sus figuras soñadas y cantadas».

De la inmensidad universal de Vallejo bien dicen estas estrofas inimitables inspiradas con tanta ternura que llega hasta a la misma forma de su alma, oteando el luminoso porvenir que se espera, que promete hablar a los mudos, caminar a los tullidos, «ver ya de regreso los ciegos y palpitando escucharán los sordos. Sabrán los ignorantes, ignorarán los sabios! Serán dados los besos que no pudisteis dar. Sólo la muerte morirá. La hormiga traerá pedacitos de pan al elefante encadenado a su brutal delicadeza, volverán los niños abortados a nacer perfectos, especiales y trabajarán todos los hombres, engendrarán todos los hombres, comprenderán todos los hombres. Obrero, salvador, redentor nuestro! perdonanos, hermano, nuestras deudas! Combatiendo que la tierra ciara, armándote de polvo, calcándote de inanes positivos, videntes tus creencias personales, dis-tinto el carácter, íntima tu férrea, el cutis inmediato, andándote tu idioma por los hombros y el alma coronada de guijarros! Voluntario fajado en tu zona fría, templada o tórida, héroes a la redonda, víctima en columna de vendedores: en España, en Madrid, están llamando a matar, voluntarios de la vida. Voluntarios, por la vida, por los buenos ¡matad a la muerte, matad a los malos! Hacedlo por



## TESTAMENTO DE CESAR VALLEJO

Su testamento de amor a España y a los perseguidos. dice Adoun, es un libro en que renace la ternura del hombre y la rebeldía del indio. El poeta que tanto había cantado a la muerte renace en esta agonía lenta mientras el mundo salta destrozado y crucificado por los que al herirlo se anpararon en el símbolo de la cruz. Ahora está mutilado, «no de ur: combate sino de un abrazo, no de la guerra, sino de la paz». Lo perdió todo en el curso «normal de la vida y no en un accidente», no en el orden de la naturaleza, sino en el desorden de los hombres y este «mutilado que conozco, lleva el rostro comido por el aire inmortal e inmemorial, muerto, sobre el tronco vivo, yerto y pegado con clavos a la cabeza viva. Vi una vez un árbol darne la espalda y también un camino. Un árbol de espaldas sólo crece en los lugares donde nunca nació ni murió nadie. Un camino de espaldas sólo avanza por los lugares donde ha habido todas las muertes y ningún nacimiento. El mutilado de la paz y del amor, del abrazo y del orden y que lleva el rostro muerto sobre el tronco vivo, nació a la sombra de un árbol de espaldas y su existencia transcurre a lo largo de un camino de espaldas. De la casa del dolor parten quejas tan sordas e inefables y tan colmadas de tanta plenitud, que llorar por ellas sería poco, y sería ya mucho sonreír». Pero, «dejadme libre un momento para saborear esta emoción formidable, espontánea y reciente de la vida, que hoy, por primera vez me extasia y me hace dichoso hasta las lágrimas».

En el «Himno a los Voluntarios de la República» desbordó su vaso emotivo ante el miliciano «de huesos fidedignos, cuando marcha a morir tu corazón, cuando marcha a matar con su agonía mundial», y no sabe verdaderamente donde ponerse ni qué hacer. Corre, escribe, aplaude, llora, atisba y dice al pecho que aquel fin del mundo acabe y al bien que venga. Descubre la frente «impersonal hasta tocar el vaso de la sangre». Un día «diurno, claro, atento, fértil ¡oh bienio, el de los lóbregos semestres suplicantes, por el que iba la pólvora mordiendo los codos! ¡Oh dura pena y más duros pedernales! ¡Oh frenos los tascados por el pueblo! ¡Un día prendió el pueblo su fósforo cautivo, oró de cólera y soberanamente pleno, circular, cerró su natalicio con manos electivas; arrastra candado ya los despotas y en el caudado, sus bacterias muertas, ¡Dolores con rejas de esperanzas del hombre! ¡Muerte y pasión de paz, las populares. Tal en tu aliento cambian de agujas atmosféricas los vientos y de llave las tumbas en tu pecho, tu frontal elevándote a primera potencia de martirio».

mundo. Miguel Hernández ocupa un lugar privilegiado entre los componentes de su generación, tanto por su ascendente lírico como por la permanencia evolutiva de sus concepciones. Radicado en la tierra, aquí construyó su mundo al contacto con los hombres y sus preocupaciones. Simbolista por excelencia, supo arrancar de las teorías poéticas toda la intimidad melódica, con esa fuerza expresiva que atraviesa los poros y se confunde con la sangre. Individualista siempre, su poesía nos pone en contacto con el alma, provocando el reencuentro de nosotros mismos. En ese diálogo permanente descubrimos la hondura de su verso, cuyas raíces taladran la dura roca de la conciencia para llevar allí la savia divina que le hará más sensible y más tierna.

«Sentado sobre los muertos que se han callado en dos meses, beso zapatos vacíos y empuño rabiosamente la mano del corazón y el alma que lo mantiene. Que mi voz suba a los montes y baje a la tierra y truene, eso pide mi garganta desde ahora y desde siempre. Acércate a mi clamor, pueblo de mi misma leche, árbol que con tus raíces encarcelado me tienes, que aquí estoy yo para amarte y estoy para defenderte con la sangre y con la boca como dos fusiles fieles. Si yo salí de la tierra, si yo he nacido de un vientre desdichado y con pobreza, no fué sino para hacerme ruiseñor de las desdichas, eco de la mala suerte, y cantar y repetir a quien escucharme debe cuanto a penas, cuanto a pobres, cuanto a tierra se refiere. Ayer amaneció el pueblo desnudo y sin qué ponerse, hambriento y sin qué comer, y el día de hoy amanece justamente aborascado y sangriento justamente. En su mano los fusiles leones quieren verse para acabar con las fieras que lo han sido tantas veces. Aunque le falten las armas, pueblo de cien mil poderosos, no desfallezcan tus huesos, castiga a quien ta malhiere mientras que te queden puños, uñas, saliva, y te queden corazón, entrañas, tripas, cosas de varón y dientes. Bravo como el viento bravo, leve como el aire leve, asesina al que asesina, aborrece al que aborrece la paz de tu corazón y el vientre de tus mujeres. No te hieran por la espalda, vive cara a cara y muere con el pecho ante las baldas, ancho como las paredes. Canto con la voz de luto, pueblo de mí, por tus héroes; tus ansias como las mias, tus desventuras que tienen del mismo metal el llanto, las penas del mismo temple, y de la misma madera tu pensamiento y mi frente, tu corazón y mi sangre, tu dolor y mis laureles. Antemuro de la nada esta vida me parece. Aquí estoy para vivir mientras el alma me sueña, y aquí estoy para morir, cuando la hora me llegue, en los veneros del pueblo desde ahora y desde siempre. ¡Varios tragos es la



vida y un solo trago es la muerte!» Pero «Si me muero que me muera con la cabeza bien alta. Muerto y veinte veces muerto la boca contra la grama, tendré apretados los dientes y decidida la baba. Cantando espero a la muerte, que hay ruseñores que cantan encima de los fusiles y en medio de las batallas. Me voy a cumplir los años al fuego que me requiere, y si resuena mi hora antes de los doce meses los cumpliré bajo tierra. Yo trato de que me queden una memoria de sol y un sonido de valiente. La muerte junto al fusil antes que se nos destierre, antes que se nos escupa, antes que se nos afrente».

Miguel Hernández supo conjugar el modernismo con el clasicismo. En esta combinación de estilos expresó poéticamente sus sentimientos. Llevado por el ímpetu ardoroso de su inspiración, encontró en el alma del hombre los motivos immanentes de la eternidad, en esta frágil figura humana, laboratorio de tantas vicisitudes como inquietudes, devolviendo las emociones a su cauce de origen, con una música propia y en melodías distintas. A la tristeza de los primeros tiempos, por vía de evolución, ascendió a las alturas, desde donde descubrió el camino errado desde los años de la juventud, profundamente pesimista y decididamente nostálgico.

Agotado por el rudo combate que los pocos años de vida hicieron siglos, su poesía tiene el rango inconfundible de la particularidad. Y seguramente hubiera adquirido en la madurez la gloria de eternizarse en el tiempo y en el espacio, si circunstancias aciagas, terriblemente trágicas, no arrancaran en edad temprana la lengua y mutilaran el cuerpo del poeta, eliminándolo de la vida de los hombres, sus hermanos, por el imperdonable delito de hacer versos y pensar en poesía que los dioses inspiraron con el soplo divino del arte.

MIGUEL HERNANDEZ

## NO HAY CARCEL

No. No hay cárcel para el hombre.  
No podrán atarme, no.  
Este mundo de cadenas  
me es pequeño y exterior.

¿Quién encierra una sonrisa?  
¿Quién amuralla una voz?  
A lo lejos tú, más sola  
que la muerte, la una y yo.

## REMOLINOS

Pedro Godoy

En mis ojos amables, bailoteando la sorna.  
Caminar indeciso tras la mira andariega...  
Mis pupilas se alargan como goma tras unas  
incomparables piernas.  
¡Maravilloso bipedo  
es que las ostenta!

Aminoran los autos ladrando en las esquinas,  
para tornar de nuevo, su rumbo a la carrera.

En el bar,  
desdibujan sus caras de museo de cera,  
turbias sombras obtusas, de alcohol y los nalgas,  
el tabaco y la noche, de sus cansas molleras,  
renegando y renegando. Encorvados por siglos  
como insectos con frío sobre un campo de piedra.

Como grano de polvo,  
rueda y rueda la bola en el espacio  
y pegado a su piel, van los microbios  
en la noche del cosmos, devorándose  
los unos a los otros.

Indeciso recorro varias cuadras  
escuchando su piano que diluye su pena.  
¿Cuántas generaciones necesita filtrar  
una ciudad para dar un poeta?

He pasado dos horas discutiendo con alguien...  
¡ni se qué sonseras!

Al tornar a mi hueco, las rodillas pegadas  
con la pena del frío, la razón se me encrespa;  
—¡Tienes tos y cansancio...! ¿Ves, señor polemista?  
¿Qué te dan los amigos? ¿Qué te dan las ideas?

¿Qué me dan los amigos? ¡Pues me dan estas ansias!  
Este poco de olvido de la muerte, que espera.  
Estas ganas tremendas de pelear o abrazarme.  
¡La sana suficiente para seguir la huella!



quedas detrás mientras nos vamos por el camino de los rubios nuevos. Y te quedas atrás más encorvado con tus mujeres de cobrizo cutis, las luces malas y los trabucazos, que iluminaron tu crepúsculo. Ranchito humilde, viejo, sobre el mantel verduoso de los campos, cada vez más hachado con la reja por forasteros rubios y peinados, eres sólo las tapas olvidadas del libro del pasado, que ha quedado sin hojas y de canto».

Pedro Godoy, poeta de tierra adentro, huido de las ciudades tentaculares, es creador de lo humilde y lo bueno en sentido moral interpretado, a quien no le interesan las complicaciones urbanas. En el reposo, en la belleza y contemplación augusta y mansa de las cosas y los hombres, forma su mundo del arte y de la libertad. Tan abundantes son los ejemplos, tal su pureza y autenticidad que sólo un poeta de provincia, que siente el paisaje y el dolor en su alma, ha podido concebir este romance: «Juntadores de maíz; cobija el toldo de chala. Clamaba un niño en la noche y su madre consolaba: ¡Dormite mi nene lindo que ronda agosto la carpa — Oh, mama, saque ese frío que hasta ya la juntada! ¡Tan largo fué el temporal! ¡Tan lerdá ya la juntada! ¡Ya van tres tardes el viento tira del sur! ¡Y descansa solamente por las noches tendiendo un manto de escarcha! — ¡Dormite mi nene lindo que ronda agosto la carpa, — El viento, mama, me pone alfileres en la espalda! ¡No prenden los marlos húmedos y están las pilchas mojadas! ¡Arriba tiemblan estrellas, abajo tiemblan las chalas. Viento del sur. Viento zarco, con blanco poncho de escarcha, — Dormite mi nene lindo que ronda agosto la carpa — Rondan todas las estrellas y está la luna más blanca! ¡Y está temblando el potrillo, y tiembia el perrito, mama! ¡Cómo amanecen de frías las espigas con la helada! Viento del sur, que nos prendes a los pobres alfileres en la espalda, pasando tus dedos finos entre hendijas de las chalas. — Dormite mi nene lindo que ronda agosto la carpa».

La obra poética de Pedro Godoy ya se perfila con una autenticidad indiscutida entre sus contemporáneos, tanto por la profundidad de su sentimiento emotivo como por la lozanía y espiritualidad que le infunde. Frente al descalabro de un siglo que camina a tientas, acosado por los aguijones del materialismo ensorbecido, el hombre se rebela, piensa y cree en el futuro, en la belleza y en la verdad sin retaceos. Las proyecciones de su mundo no están delimitadas y la riqueza de creación posterior ha de confirmar este mensaje a los hombres de tan singular poeta.

★

A lo lejos tú, sintiendo  
en tus brazos mi prisión.  
En tus brazos donde late  
la libertad de los dos.

Libre soy, sintiéndome libre.  
Sólo por amor.

## EXHORTACION LIRICA DE PEDRO GODOY A LA TIERRA Y AL HOMBRE

Pedro Godoy, localista en parte, pero universalista en amplitud de paisaje, nos presenta las características de esa concepción histórica, cuando dice en «¡Madre!»: «Me persiguen los gritos de la raza a través de los lustros, en la sangre. Por eso, mirando hacia el pasado muchas tardes me llega entre tropel de los recuerdos el eco, tembloroso de coraje, del alarido quichúa que en las ancas del viento rudo convertido en chasque, recorrió las fronteras del desierto con su fiera clarín salvaje, aquel ocaso gris, cuando sintieron al galope invasor sobre su grande, sobre su inmenso territorio virgen, para plantar a su moral infame, con el fusil, la cruz y la bandera... ¡madre! Envidio al viento y en el lomo encrespado del Atlántico, yo, siento deslizar en el coraje de mis nervios inquietos y rebeldes para prenderse entre mis versos, ¡madre!» Pero también en el lirismo nostálgico de estos poemas, encontramos al hombre, aguerido, sembrador de esperanzas, de ilusiones, con insomnio de horizontes y distancias, siempre el regulador entre la mano. Con la pupila roja como el ojo de la caja de fuego. Renegando. Recia la barba, tremolando al viento, con el biusón azul, desabrochado; hendiendo las entrañas de la sombra, cual proyectil macabro, en terrible velocidad fantástica. Un maquinista hosco, carcelario. Los cóndores me verían pasar, alucinados, sobre las calvas crestas de los Andes. Un tren desierto en el desierto blanco. Desde el bravo Estrecho de Magallanes — Aconquija, Aconcagua, Chimboraço — y la península de Alaska, hasta caer después, desmelenado, en los Montes Urales. Y al ver la muñequera, para el tren para decirle: Vamos, te llevaré a la urbe para ofrendarte esposo ciudadano. Y de tu carne, de intemperie parda, y en el dinamismo rubio de la urbe surja el poeta exacto de la raza, que todos esperamos».

Con las notas del paisaje, nos trae también su música la fantasía jovial y despreocupada, sin ligaduras. Olvidan-



do expofese ciertas reglas poéticas, esta libertad que se toma condice muy bien con su temperamento lírico. Expatriado de los convencionalismos, Pedro Godoy-vive para su poesía. Todo poeta auténtico es arrastrado por esa pasión arrebatadora de encontrar el alma de las cosas. Godoy reside ampliamente a ese cometido de vivir en toda plenitud dentro de la estrofa y del verso. Víctima de la emoción, cada palabra le sugiere una idea que surge engalanada con una figura poética. Desde su primer libro, que Antonio Zamora dió a conocer en bella y modestísima edición, hasta el presente, su personalidad se agiganta. El colorido localista de su poesía fue perdiendo un tanto para dar lugar a otros temas de volumen y contornos distintos. No obstante conserva esa frescura y naturalidad tan propias del poeta, sin recurrir al artificio ni a la imaginación. Su verso es cristalino y simple. Brota del labio como la palabra, por necesidad de expresión, de igual modo que nace la flor y animado por la misma imposición que motiva al pájaro a emitir sus trinos.

En su generación, otros poetas sentaron escuela, como Jorge Luis Borges, Alvaro Yunque y Juan Sebastián Tallón. El invierno, cruel siempre cuando la sangre declina, falta de calorías, acalló los acordes de la música nueva que ellos representaron en un momento. Luis Franco y José Pedroni mantienen en alto el estro de su tiempo, dentro de los límites poéticos, junto con Francisco Luis Bernárdez, con su dominio del verbo, humano siempre y emotivo. Pedro Godoy permanece inmodificable e inalterable en su verso y personalidad, condiciones que se conjugan en el hombre. Su poesía deslízase mansamente, con leve suavidad, en tropel de imágenes. Poeta esencialmente moderno, quizás, con Alvaro Yunque, sea el único que en su generación han rendido culto a la poesía. En tanto Yunque es reformador del verso y de ahí que no haya adquirido todo el vuelo poético de esperarse de su genio fecundo, Pedro Godoy no tiene necesidad de ensayar formas o estilos, que le tienen sin cuidado. Tan grande es el empuje y vigor tal adquieran sus poesías que, sin esfuerzo, se manifiestan, como algo que pasa, que brota de él como el tallo a flor del suelo, como el fruto aparece en el cáliz de la flor.

Resero profesional en su adolescencia, peón de chacra un poco más grandecito, juntador de maíz, en cuyas tareas le quedaron muchas veces los dedos de las manos como ganchos de acero. Ladrillero más tarde, actividad ruda por lo pesada, pero que le sirvió de escuela por el contacto que ha tenido con toda la bohemia trabajadora enrolada en los sindicatos, que han hecho más por la cultura del país que la misma Universidad. Panadero y periodista simultánea-

mente, sus ojos ven sólo lo humano en el hombre y el paisaje, como en el «Viento gaucha, aullan en tus dedos las bordonas en el cordaje de los alambros cuando pasas, embobado, en el humedo poncho de la noche. Después del temportal de ocho días, barrido en una noche por tu mano, te detienes, temblando de frío, a jugar un instante con los charcos para ver a la imagen de la luna, ensayar las pirlueñas del malambo al compás repetido y neurasténico, del silvestre tedium de los batracios. Hastiado de correr por las llanuras te acercas muchas tardes a los ranchos a jinetear los fauces, o penetras de pronto en el poblado a jugar a la hama con los focos. Pampero: salvaje centinela de los llanos, arrollador y gaucha. Guitarrero en el cordaje de los alambros. O, por ejemplo, cuando, extasiado, encuentras en medio de la pampa grandota y le arranca estos emocionantes versos que son todo un himno a la grandeza de la creación: «¡Qué macho me sueñan sus rudos vocablos que pasan doblados por tantos recuerdos por sobre los campos arados como dos espectros! ¡La palabra pampa debajo mi lengua produce un chasquido tan aspero y bello! ¡Será por que en ella mezclé mis validos a los centinelas alertas del tero! ¡Será porque en ella me crié jinetando feliz de coraje, baguales en pelo! Hurraño, solito, por los cañadones, a caza de nutrias o en busca de huevos! ¡Y, hoy, cruzo emponchado en esa tristeza que envuelve a las tardes en lentos postozos! ¡Pampa gaucha, pulmón de América, guardia de pumas y gauchos mareros, te mentan poetas de todas las layas, mas nadie te siente como yo te siento, en ese carácter sobón y agresivo que envuélveme extraño lo mismo que un viejo. Pampa artisa, te guardo profundo cariño materno, por hosca, por libre, por esos dos indios vocablos tan machos... ¡por eso te quiero!» Y, a la inversa, déjase llevar por la emoción del rancho solitario, perdido en medio del campo, ruinoso y avejentado. El rancho es el símbolo viviente de la riqueza agropecuaria, el núcleo generatriz del trabajo. El no ha llegado a ser casa, como la tierra que le circunda, es simplemente chacra. La casa pertenece al potentado y su leudo es la estancia, con su ostentación de fortuna que muestra, soberbia e insolente, a la vergüenza pública. El rancho es humilde, achaparrado, desnudo casi. Sin amparo, desafia vientos y lluvias y como enojado y arisco hecha humo por entre sus chapas.

El poeta lo siente sumiso y endeble. «El viento con tela de lluvias, compadreado, fabrica tu mortaja. Humilde relicario en donde presurosos los nativos con un rezo en los labios ocultaron el inmenso caudal de sus leyendas, al llegar el tropel de los arados. Tu fama, tus mentas de palenques del antaño, se apaga entre el rumor de las guitarras, y te



# Placeres de Walden

AS razones que la gente ofrece sobre la lectura de **Walden** son varias, a veces maravillosas, como lo es este comentario de hace cincuenta años:

Los escritos de Thoreau convienen peculiarmente a todas las clases; son a la vez instructivos y entretenidos: para la clase pobre, porque prueban conclusivamente que el confort, y la misma felicidad, pueden ser gozadas con un mínimo de esfuerzos y de gastos; y para los opulentos satisfacen un importante desideratum en la norma del más completo pasatiempo.

Pero creo que existen mejores razones. Hablaré hoy de la felicidad, del honor y de la sabiduría que encuentro yo en **Walden**. Y de otra virtud que mencionaré primero: de la excelencia de su prosa:

## I

Leer **Walden** es una delicia. Menciono esto primero porque la calidad, si no la absoluta existencia, de los otros placeres depende de ella. La felicidad, el humor y la sabiduría de **Walden** no serían lo que son otras palabras, en otro orden. Thoreau era un artesano y un artista con completa maestría de su medio. Por todas partes en **Walden** la prosa es clara y penetrante, y magníficamente conveniente para la rica variedad de los propósitos de Thoreau.

Naturalmente, que la prueba de esto, sólo puede encontrarse en la lectura. Transcribiré un número de pasajes más tarde de **Walden**: déjese ofrecer aquí dos muy variadas piezas en evidencia: las agudas y desdeñosas apreciaciones sobre el carretero y la elegía lírica sobre los primeros habitantes de los bosques. (El lector debe escuchar **Walden**, al menos con los oídos de su mente. Thoreau leyó mucho de él ante públicos de Concord, Boston, Salem y otras ciudades de Nueva Inglaterra, y escribió la mayor parte de él como si estuviera «hablando» a sus lectores. Los ritmos de sus frases y sus tonos de voz son esenciales para el significado y el efecto de sus palabras):

¡Y que se hable de la divinidad de tal hombre! Fijáos en el carretero cuando está en marcha, serpenteando hacia el mercado día o noche; ¿es que alguna divinidad lo acompaña? ¡Su mayor ocupación es alimentar y abreviar a sus caballos! ¿Qué significa para él su destino comparado con sus intereses mercantiles? ¿Es que acaso no conduce sus caballos para redondear su suma? ¿Y ésa es su divinidad y su inmortalidad? Fijáos cómo va cabizbajo y estornudando, cuán vagamente teme todo el día, sin ser inmortal o divino, sino el esclavo y el prisionero de la propia opinión que se ha forjado de sí mismo, fama que ha ganado por sus propias hazañas.

Y la elegía sobre los hace tiempo desaparecidos habitantes de los bosques:

Todavía crecen allí, después que desaparecieron la puerta, el dintel y el umbral, las vivaces lilas, una generación que abre sus flores de dulce fragancia cada primavera, para que sean arrancadas por el caminante pensativo. Plantadas y cuidadas en otro tiempo por las manos de los niños, en los canteros de delante de las casas, permanecen ahora al lado de los muros en retirados prados, dando lugar a nuevas florestas; últimas de la estirpe, sobrevivientes únicas de aquella familia. Los niños morenos no pensarían que aquellos gajitos con sólo dos brotes que ellos habían clavado en el suelo a la sombra de la casa, y que diariamente regaban, les sobrevivirían a ellos y a la casa misma, y que darían la historia de su familia al solitario vagabundo, medio siglo después que ellos hubieran crecido y muerta, floreciendo tan bellos, y con fragancia tan dulce, como en aquella primera primavera. Observo los colores de esas lilas, todavía frescos, delicados y alegres.

**Walden** es, a veces, satírico, reflexivo, narrativo, descriptivo. En cada una de estas modalidades, grande es la colocación del material o de las actitudes. En la narrativa, por ejemplo, va desde el relato sencillo de la construcción de la casita, pasando por la épica y humorística batalla de las hormigas, hasta la leyenda del artista de Kouroo. Gozamos a través de todo esto, como lo ha señalado Joseph Krutch, la aguda justeza de la expresión de Thoreau, no sólo en el esplendor de sus famosos epigramas, sino en el vigor recto e inmovible y en la sencillez de los comparativamente pasajes comunes.

Desearía añadir un ejemplo más, la conclusión de «Soledad»; su variado ritmo expresa perfectamente su alegría justa y desafiante.

No soy ningún adorador de **Hygeia**, que era la hija del viejo doctor herborista **Esculapio**, quien en los monumentos está representado teniendo una serpiente en una mano y en la otra una copa, de la cual parece que la serpiente bebe algo; antes bien, adoro a **Hebe**, sumiller de Júpiter, que era hija de **Juno**, y de la lechuga silvestre, y que tiene el poder de devolver a los genios y a los hombres el vigor de la juventud. Ella era probablemente la única joven en estado ileso, sana y robusta que jamás paseó por el globo y por doquier ella pasaba florecía la primavera.

Si **Hebe** hubiera vivido en Concord, Thoreau se hubiera casado.

## II

**Walden** es un libro feliz. Thoreau al escribirlo llenó completamente sus deseos y preceptos artísticos. Tres años antes de que fuera a vivir a las orillas del lago escribió en su diario que quería dar a los hombres lo que había de más precioso en su regalo. «Deseo — dijo — comunicar aquellas partes de mi vida que de muy buena gana volve-



ría a vivir de nuevo». Un poco después que **Walden** fue publicado, en 1854, escribió: «Todo lo que un hombre tiene que decir o hacer que pueda posiblemente interesar a la humanidad, es en una u otra forma narrar la historia de su amor...»

**Walden** es la historia de su amor. No describe una utopía colocada en el futuro por el intelecto, sino una utopía que era vivida y recreada con un amor que satura todo el libro: un amor por la vida de Nueva Inglaterra y de Concord. «Soy un neoinglés —decía—. De tí, oh tierra, están hechos mis huesos y mis tejidos... A tu polvo retornará mi cuerpo alegremente como a su propio origen. Aquí está mi habitat. Todo yo te pertenezco». Y escribió en su cuaderno de clase de Harvard: «Si llego a olvidarte, oh Concord, que mi mano derecha pierda toda su destreza... No importa en qué lugar del mundo pueda más tarde encontrarme, siempre tendré en gran estima el haber nacido en Concord North Bridge».

En Concord no existen montañas Rocallosas, ríos Mississipi, grandes llanuras no vastas selvas. Es un mundo más pequeño para ser gozado a la medida humana. Los bosques, las montañas, los pantanos y los torrentes del Maine eran todos muy buenos para excursiones ocasionales; pero en lo que atañe a una residencia permanente, decía Thoreau, no existía comparación entre el «suave y siempre variado paisaje de Concord», y las regiones deshabitadas en donde un «hombre civilizado acaba por desfallecer, como una planta cultivada, que crispera sus fibras en la masa de maleza intrincada».

En **Walden** Thoreau celebra las estaciones de Concord, sus días y sus noches, sus lagos, sus bosques y sus prados. El mal o el buen tiempo: las agradables horas transcurridas durante las largas tormentas de lluvia en la primavera y en el otoño cuando se sentía como apaciguado al sentir el incesante ruido y repiqueteo del viento y la lluvia; y los días fríos y tormentosos y las grandes tardes del invierno cuando venían algunos amigos a conversar en la casita.

El placer que encontraba en todo ello puede verse en **Walden**, junto al tiempo libre que le permitía gozarlo. Cuán a menudo y cuán amablemente observaba el comportamiento del lago de Walden, ora suave como un espejo, ora estremecido por los peces u ora rizado por el viento. Tenía tiempo para anotar y relatar sus heladas y deshielos, para estudiar la textura de su hielo, para sondear su fondo, para anotar y examinar su variado colorido. Podía pasarse la mañana sentado en el umbral de su puerta extasiándose, o divertirse en una tarde de invierno observando a una lechuza extraviada, y podía pasar las horas de medianoche pescando desde su bote en el claro de luna. Por la mañana hacía sus tareas, leía y escribía; pero en las tardes se encontraba casi siempre «absolutamente libre»; paseaba por donde quería: hacia la laguna Blanca (White) con su agua transparente, tan clara y limpia que sólo unos pocos juncos azules crecían en sus orillas; o hacia los pastos de fresas silvestres en la colina de Fair Haven, desde donde uno

podía ver la gran extensión de agua y Conantum, con allá lejos el río Sudbury fluyendo a través de los prados; o podía ir más lejos hacia los pantanos, «en donde crecían la flor rosada de las ciénagas y el cornejo; ...en donde las nobles fresas silvestres hacen que el que las contempla olvide su casa con su belleza, y se encuentra obsesionado y tentado por otros frutos silvestres prohibidos y sin nombre, demasiado hermosos para el gusto de los mortales».

Se trataba, en verdad, del paraíso reconquistado.

Y en más de un modo. Thoreau vivía con «trabajo tan agradable» como dicen vivieron Adán y Eva, quienes, antes de la caída, al sentarse ante los «Frutos de la Cena».

Carecían de toda herramienta

Pues su dulce trabajo de jardineros les bastaba, Recomendándose al fresco Céfiro, y satisfaciendo [tranquilamente

Con toda facilidad, cuanta sed tenían y apetito En plena gracia...

Thoreau obtenía las sencillas necesidades de la vida no con una labor apresurada, cual narra repetidamente, sino con entretenimientos y placeres que hacía perdurar. Careció de prisa cuando cortó y desbastó sus maderos para su casita, pues «eran muy agradables días de primavera» en los cuales trabajaron en aquella colina cubierta de pinos desde la cual podía mirar el deshielo del lago. El limpiar su piso con arena y agua de Walden era «un agradable entretenimiento». «No lo era menos» el cocer y revolver encima del fuego sus pequeños panes de centeno y de maíz. Y él mucho se divirtió «una tarde de invierno», cargando leña con su trineo media milla a través del lago helado, «patinando detrás e impulsándolo con una pértiga de quince pies colocada en su hombro por una extremidad, mientras que la otra rozaba el hielo». Era aquella una vida de infinito ocio y paz.

Durante el primer verano a menudo carpió sus habichuelas desde las cinco de la mañana hasta el mediodía. La labor era toda suya — carecía de «instrumentos mejorados de agricultura» y tampoco tenía ayuda de un jornalero —, llegando así a conocer muy bien a sus habichuelas, como así a las hierbas parásitas. Mientras carpió tenía tiempo para darse cuenta de todo; los estampidos de las escopetas y los ruidos de las bandas musicales de un pueblo distante, los curiosos caminantes que pasaban por el camino de Walden, la malviz oscura que cantaba para él y los halcones que circunvolaban encima de su cabeza — escribió — un raro entretenimiento que de haber continuado se hubiera vuelto una disipación».

Mucho tenía del placer de Robinson Crusoe en su competencia y confianza en sí mismo. Y también existe entre ambos otra similitud: la sencillez y la soledad de sus vidas. Vivió Thoreau al margen de casi todos los impedimentos de nuestra existencia cotidiana: no tenía cortinas que limpiar, estera que sacudir, ornamentos que limpiar el polvo, patio que barrer; ni cerca o portón



que pintar o reparar. Además, vivía «tan lejano como en una de esas regiones que por la noche divisan los astrónomos» en un «retirado, novísimo y no profanado lugar del universo» con «algunas millas cuadradas de bosques intransitados» para su vida privada. Como resultado, era dueño y señor de su propio tiempo. Las ardillas rojas platicaban imprudentemente debajo de su casa, y el somorgujo se reía de él en el lago; pero, al contrario de los pesados reformadores y de los insistentes hombres de negocios, sus vecinos los animales nunca invadieron su vida privada impertinentemente.

Empero Thoreau nunca quiso ser un ermitaño; en su vida privada como en otras buenas cosas sabía que «un poco más de lo necesario es, en mucho, demasiado». Gozaba «lo mejor de los dos mundos», los frutos de la sociedad y de la civilización, como los de la soledad y la vida en la naturaleza. Su retiro fue voluntario y calculado, y fue mucho más rico que el de Crusoe, pues su voluntaria pobreza no fue una pobreza forzada. Podría haber escrito sobre el «ni puerta, ni patio, ni sendero hacia el mundo civilizado», pero el ferrocarril pasaba por orilla del lago, y se sentía feliz usando la vía como un camino para dirigirse al pueblo. Le agradaba escuchar el traqueteo de los vagones yendo y viniendo; y ver, escuchar y oler la carga que subía o bajaba por la línea ferroviaria. La desvanecida y dulce melodía de las campanas de la iglesia y el distante traqueteo de los vagones sobre los puentes — dos sonidos hermosos y campestres —, le recordaban agradablemente la vecindad de pueblos y granjas. Y tenía más que meros recuerdos sobre las gentes de los pueblos con compañerismo. Podía visitar el pueblo cuando quería (casi cada día), para escuchar sus murmullos o para asistir a «sólidas veladas» en casa de Emerson; y su casita no estaba tan distante de aquéllos con quienes le agradaba hablar. Como escribió en la primera versión de **Walden**: «Algunos han venido a mi casita porque yo vivía allí, y otros, también, porque yo vivía allí». Y también había la compañía y la conversación de todos aquéllos que encontraba en su trabajo: el leñador Therien, los cortadores de hielo en el lago, los ferrocarriles, los cazadores y los pescadores, alegrándose con todos.

### III

**Walden** es un libro alegre y humorístico. Uno de los conocidos del Dr. Johnson se quejaba de que no podía ser un filósofo porque «la alegría del vivir siempre se le eclipsaba»; Thoreau se las arregló para combinar la filosofía con la alegría del vivir. Le agradaba la gente animosa; mucho se complacía con Therien porque «era tan feliz...; un pozo de buen humor y de alegría que emergía de sus ojos. Su regocijo no tenía ninguna aleación.

Mucha es la dicha que se puede encontrar en **Walden**, y no es por eso menos placentera a causa de sus aleaciones: ironía, sátira, erudición y, a su tiempo, simpatía. Mucha gente supone que

un hombre que fue a vivir dos años en plena naturaleza debe haber pensado allí muy solemnes pensamientos. Posiblemente que mucha gente no se siente contenta cuando está sola. Pero la soledad de Thoreau, su distancia del mundo, aun si era una o dos millas, ayudó a producir la risa que por todas partes puede encontrarse en **Walden**.

No se trataba de carcajadas; ni se intentaba derribar la casa. Mucha de esa risa era en hecho a causa de su público o de sus lectores; la risa era del propio Thoreau; los demás, a su debido tiempo, posiblemente también rieran. Así Thoreau pudo gozar de su risa dos veces, tanto como Frost puede hoy gozar de la erudición y del humor que se encuentran en sus poemas.

Una mujer recientemente me dijo, sabiendo mi interés por Thoreau: «Mi padre no creía mucho en Thoreau; después de todo, no hizo más que pedir un hacha para empezar». Es verdad. Además conocía a mucha gente como a su padre, y sabía que desaprobaban con sus cabezas y, por lo tanto, no tuvo porqué ocultar que había pedido prestada un hacha. Tenía muy buena imagen de sí mismo, de su público y de sus lectores, y saboreó por completo a la vez la impudencia y el asombro de su ataque en **Walden**.

Allí estaba él — con sus treinta años — sin una carrera, sin ninguna propiedad acumulada, y ¿qué es lo que había estado haciendo? ¿Tratando de encontrar un empleo o haciendo un honesto día de trabajo Nada de eso. Había estado viviendo solo en los bosques durante un par de años, caminando por el pueblo y por los campos como si un hombre no tuviera algo mejor que hacer; ni siquiera había ofrecido sus servicios para una buena causa. Y delante de él, mientras leía partes de **Walden** en el liceo de Concord, y ante otros públicos de Nueva Inglaterra, había granjeros y comerciantes temerosos de dios, industriosos y ahorrativos, con propiedades medio ganadas: casas, granjas, graneros, cuentas bancarias. Y toda una colección de hacendados del bien, con miras a mejorar la condición de las islas Sandwich. Y ávidos lectores y asistentes a conferencias que devoraban todo relato sobre los caminos exóticos u oscuros que conducían a la lejana China.

Sabía que para ellos su aventura nada tenía que ver con la «real» vida. Y empieza **Walden** manifestando esto. Naturalmente — escribe — se le preguntaba si no se había sentido muy solo, que había tenido para comer, y, sobre todo, qué había estado haciendo allí en los bosques. Admite que había vivido en un «país algo distante». Medio sugiere que se veía como los otros parecían verlo: un hombre excéntrico que seguramente tenía algún relato interesante que contar. Relato que suena algo así como un «completo entretenimiento». Pero considérese la exquisita e irónica impudencia de lo que sigue:

«En vez de decir cosas respecto a los chinos o a los isleños de las Sandwich, más bien me gustaría decirlas concernientes a tí, que lees estas páginas, de quien se dice que vives en Nueva Inglaterra; decir algo acerca de tu condición — especialmente de tu condición externa o circunstan-



cias del mundo que te rodea — en esta ciudad, cual es, si es necesario que sea tan mala, si es posible o no mejorarla».

Desde este punto en adelante siempre existe la interrogante, directa o no: ¿quién es en verdad el loco? ¿Quién debe mejorar a quién? Saltar por encima de esta insinuante ironía es desconocer a Thoreau. Como lo hacen algunos. Recientemente un crítico de una de las academias de Nueva Inglaterra escribió: «Mr. D. es en muchos aspectos como Thoreau; pero contrariamente a Thoreau, Mr. D. emplea la ironía». Igual que cuando Thoreau respondió a una famosa búsqueda de su tiempo: «¿Es Franklin el único hombre que se ha perdido? ¿Sabe realmente Mr. Grinnell dónde se encuentra?»

En *Walden* existe mucha sencilla gracia. Thoreau casi estaba de acuerdo, quería naturalmente satisfacer la curiosidad «natural y pertinente» de sus conciudadanos acerca de su vida en los bosques; pero parece que algunas «curiosas amas de casa» fueron demasiado lejos en sus averiguaciones: «¿Cómo! — exclama Thoreau —, ¿por qué vino doña... a saber si mis sábanas estaban tan limpias como las tuyas?»

Generalmente está más sofisticado, como cuando emplea su inteligencia metafórica contra los objetos de su sátira. «Hombres de ideas en vez de piernas», etiquetó a los pérfidos pensadores que lo molestaban, como asimismo a Emerson «una especie de intelectual centípedo que os hace gritar siempre». Aun aparecería mejor cuando ofrecía la inteligencia de los viejos siglos en una imagen local llena de zumo. Nadie después de Pope: «en cada palabra muere una reputación», ha tan bien refinado la charlatanería de los pueblerinos al terminar la descripción que en su libro les decía: «Estando comunmente puertas afuera, escuchaban todo lo que el viento les traía. Son los ruidos molinos, en los cuales toda charlatanería se digiere rudamente primeramente y se tritura antes de que se vaciara en una más fina y delicada plática para interiores».

Aún más característica es la seca, lacónica ironía que todo lo ilumina, incluso su misma simpatía. Era demasiado concienzudo para caer en la sentimentalidad. Los más románticamente inclinados se hubieran sentido maravillados a la habilidad para el griego que poseía el sencillo leñador Therien Thoreau notó el hecho, pero también otro más importante: «Para él Homero era un gran escritor, aunque desconocía de qué trataban sus escritos».

En cuanto a los pobres irlandeses, el apoyo de Thoreau hacia ellos no disminuía a causa de su clara visión sobre su defensa. Había estado entre ellos y sabía de la ironía de sus vidas. La cabaña de James Collins, que Thoreau compró para utilizar las maderas «era considerada una muy buena»; y Thoreau escuchó algunas de sus ventajas: «un pasaje perenne para las gallinas debajo de la puerta»; «una especie de hoyo polvoriento de dos pies» en cuanto a sótano; y una «muy buena ventana, originalmente de dos contraventanas, solamente que el gato solía pasar por ellas».

El humor es más sombrío en su descripción de la familia de John Field, que habitaban la cabaña de Baker Farm:

«...allí... vivía ahora John Field, un irlandés, su mujer y varios hijos, empezando por un muchacho de cara ancha que ayudaba a su padre en el trabajo y venía ahora corriendo desde el pantano para escapar de la lluvia, hasta el infante de cabeza cónica arrugado como una sibila, sentado, como en los palacios de los nobles, en las rodillas de su padre, y mirando inquisitivamente desde su casa, en medio de la humedad y del hambre, con el privilegio de la infancia, sin saber si no era el último vástago de un noble linaje, en lugar del pobre y harapiento rapaz de John Field. Allí nos sentamos todos bajo la parte del techo que goteaba menos...»

Esto recuerda a la más amargamente irónica de las piezas sobre los pobres irlandeses, a «La Propuesta Modesta» de Jonathan Swith. Pero Thoreau se encontraba a salvo de la salvaje indignación de Swift. Thoreau no carecía de esperanza y de paciencia; no era, como tampoco lo es hoy Frost, un infeliz a causa del universo, no importa lo que puedan objetar los críticos con cólicos a causa de haber comido manzanas agrias.

Lo que es más importante: sabía reírse de sí mismo y de sus entusiasmos. Mucho le agradaba el rico lenguaje y las frases cualitativas de los viejos escritores. Cuando narró cuán completamente había carpido sus habichuelas y de los excelentes resultados que obtuvo, mencionó a la vez a John Evelyn y a Kenelm Digby, acariciando sus frases y puntos, y la caricia era aún más picante porque se trataba precisamente de eso, de habichuelas, como con satisfacción concluye Thoreau:

«Aunque no ponía abono y no las azadonaba a todas a la vez, esto último lo hacía extraordinariamente bien hasta donde llegaba, y fui al fin recompensado, «no habiendo en verdad — según dice Evelyn — ningún estiércol o abono, cualquiera que sea, comparable a ese movimiento continuo, esa remoción y volteo de la tierra con la azada». «La tierra — agrega en otra parte — especialmente si es fresca, contiene un cierto magnetismo, por el cual atrae la sal, poder o virtud (llámese como se quiera) que le da vida y es la lógica de todo trabajo y movimiento que le dedicamos para sustentarnos. Todos los abonos y viles mezclas no son más que sustitutivos de ese mejoramiento». Además, siendo éste uno de esos campos «consumidos y exhaustos que gozan de su día de descanso», había, probablemente, como piensa Kenelm Digby, atraído «espíritus vitales» del aire. Coseché doce bushels de habichuelas».

#### IV

*Walden* es un libro sabio e inspirador. Es la obra de un filósofo que relata con «sencilla e irrepreensible satisfacción» la vida que describe. «Ser un filósofo — nos dice — no es meramente tener pensamientos sutiles, ni siquiera fundar una escuela, sino amar a la sabiduría como para vivir,



de acuerdo con sus dictados, una vida de simplicidad, independencia, magnanimidad y verdad. Es resolver algunos de los problemas de la vida, no solamente teórica sino prácticamente.

Niegan muchos la sabiduría de **Walden** en el aspecto de que la solución de Thoreau es tan peculiarmente suya, que carece de utilidad para los otros. Henry James comentaba que Thoreau no era meramente provincial, sino lo que es peor, parroquial. Otros objetores preguntan: «¿Qué sucedería si todos vivieran como Thoreau lo hizo? ¿Como si el propio Thoreau hubiera sugerido tal cosa! Si un estudiante pobre quiere y puede vivir con veintisiete centavos por semana, viviendo en una casita de su propia construcción, mejor para él. Quizás tenga luego algo que decirnos, como hizo Thoreau. Felizmente, no creo que tales cosas sean necesarias, ni lo creía Thoreau. No confundió su solución particular de cómo obtener lo necesario para la vida con los principios generales del vivir válidos para todos.

Naturalmente, un primer dictado de la sabiduría de **Walden** es que cada hombre debe encontrar su propio camino y su propia solución. Las alegrías que Thoreau describe son una prueba, naturalmente, de la excelencia de su propia solución para él, pero más fundamentalmente su experiencia soporta el principio que informa y reinforma en **Walden**. Aun cuando informa de cuán rica y satisfactoria era su vida en los bosques, declara:

«De ninguna manera quisiera que alguien adoptara mi modo de vida... Deseo que en el mundo haya personas tan diferentes como sea ello posible. Desearía que cada uno fuera muy cuidadoso en encontrar su meta y su propio camino, y no el de su padre, el de su madre o el de su vecino. Pueden los jóvenes edificar, plantar o hacerse a la vela, solamente permítaseles hacer lo que buenamente quisieran sin ningún impedimento.

Cuando un compañero de clase se fue para trabajar en la construcción del canal de Welland, comentó Thoreau: «Y así nos vamos silenciosamente por caminos diferentes, con toda serenidad, ...él, tal vez, para forjar sus esquemas tan buenos como los míos, aunque diferentes. Así estamos hechos los dos, cuando las mismas estrellas brillan encima de nuestra cabezas». Y diez años después, observando a niños de granjeros cómo empujaban troncos desde las orillas del río, escribió: «Piensan, quizás, que estoy vagabundeando. Pienso yo que solamente viven en cuanto a la ganancia. Pero quién sabe si nuestro empleo no tiene alguna semejanza, pues parece que en la vida cada cul sigue sus designios». **Walden** alienta a los demás tan bien como al mismo Thoreau, cuando éste escribe: «Si un hombre no marca el paso con sus compañeros, es tal vez porque oye un tambor diferente. Déjesele que marche al compás de la música que oye, aunque de cadencia diferente o muy lejana».

Pero, **Walden** nos advierte de que a menudo un hombre no puede oír la música a él destinada, porque la desconoce, impedido como se encuentra en seguir su propia ruta, al suponer que debe atir-

borrarse de numerosas cosas: «superfluos y vistosos zapatos, sombrillas, habitaciones vacías de huéspedes para invitados vacíos»; o posiblemente puede ser, a causa de que hereda o está por heredar, de que haga tontamente lo que desea su padre. Ya es demasiado tarde cuando aprende que «el costo de una cosa es la suma... de vida requerida por ella». Desde que debe pagar tanto por ella en su propia vida, desde que de hecho tiene tan frecuentemente hipotecado tanto su vida por las cosas, su condición se encuentra por último ansiosa y desesperada. Debe exagerar la importancia de su trabajo con eso de «cuánto hubiéramos hecho si no hubiésemos estado enfermos!» En su apresuramiento, no pueden vivir los hombres con deliberación, pues «salen de su camino por cada cáscara o ala de mosquito que encuentran en la senda».

**Walden** pone la pregunta: «¿Qué es lo que debo enseñar si un hombre gana al mundo, pero pierde su vida? El propio camino de un hombre es una perla de gran precio por la cual debe ofrecer cuánto tiene, o que se necesita es simplicidad, independencia, magnanimidad y verdad. **Walden** enseña esto un centenar de veces. «La gran masa de los hombres vive vidas de tranquila desesperación» es frase que se ha venido citando mucho. Pero no es el corazón de **Walden**, y a menudo se la cita sola. Siempre debería acompañarse por este informe de la sabia fe en la vida que poseía Thoreau:

«Estiman los hombres a la verdad remota, en las afueras de nuestro sistema, allende la más lejana estrella, anterior a Adán y después de que haya vivido el último hombre. Pero todos esos tiempos, lugares y ocasiones están ahora aquí. El mismo genio culmina en el momento presente y no ha de ser clarividente en el apego de todos los tiempos».

J. LYNDON SHANLEY

(Trad. V. Muñoz)

**NOTA DEL TRADUCTOR.** — La obra principal de Thoreau, es «**Walden**». Tenía el subtítulo de «O la vida en los bosques», que luego perdió por indicación del propio Thoreau.

Al autor de este estudio sobre «**Walden**», el mejor que nosotros hemos leído al respecto, se le debe la obra de análisis «*The making of Walden*» (Cómo Thoreau escribió «**Walden**») que es, asimismo complemento indispensable del libro de Thoreau.

Otros libros se han ocupado de «**Walden**», de gran interés para los amantes de las ideas de Thoreau. Mencionaremos aquí solamente el escrito por el arqueólogo Rolland Wells Robbins y rotulado «*Discovering at Walden*» (Descubrimiento en **Walden**). Robbins descubrió el lugar exacto en donde Thoreau edificó su casita en los bosques a la orilla del lago. Hoy hay monumento conmemorativo en el mismo lugar.

Restanos decir que «**Walden**» ha aparecido ya en lengua inglesa en más de un centenar de ediciones. Dos existen en español, ambas en Argentina. Ha sido también vertido a numerosos idiomas cultos y, no es difícil de encontrar en las principales bibliotecas públicas, en lugares donde la obra esté agotada. — V. M.



# LA VIDA Y LOS LIBROS

Fernando de Rojas  
«LA CELESTINA» (1)

**L**a duda de que sea Rojas el autor de «La Celestina» está mucho menos arraigada que la que existe sobre la paternidad del «Lazarillo», no obstante las razones y testimonios de Cejador a favor de Sebastián Horozco. Con todo, nadie dice el «Lazarillo» de Horozco; pero corriente y moliente es decir «La Celestina» de Rojas.

Obra escrita en tiempos difíciles —entre los años 1484 y 1490— en que eran pocas todas las precauciones, pocos los cuidados contra los rigores de la inquisición, ciertamente odiosa, más encaminada a sanear España y alzarla del muladar en que, reinando Enrique IV, cayese.

Sobrevino la expulsión de los judíos, medida tan impolítica como arbitraria. Fernando de Rojas era judío converso hijo de judíos y pariente de judaizantes comprendidos en la temida ley de expulsión. ¡Cuántas reservas mentales antes de resolverse a publicar, en Burgos, la misma «Celestina» que anduvo camino en copias manuscritas! ¡Qué de temores justificados primero de darla a la estampa! A saber el miedo a las consecuencias, visto que ni a mentar nombre de autor arrojóse, y, anónima —al modo del Poema del Cid, Lazarillo de Tormes, Estebanillo González, etc.— ha llegado a nosotros.

Si el Misterio de la Encarnación fuese tan comprensible como «La Celestina» está escrita por Rojas, algunas sectas religiosas habrían pasado ya a mejor vida. Porque siendo cierto que la edición príncipe deja al lector a buenas noches con respecto al padre de la criatura, las ediciones 1501 y 1502 de Sevilla aportan copiosos datos de Proeza que no pueden ser más convincentes. A Juan Mena, secretario de Juan II, y al poeta toledano Rodrigo Cota atribuyóse la comedia (clasificación anterior a la de tragicomedia), en la seguridad de que ni uno ni otro, a la sazón difuntos, habían de decidir: «tío, yo no he sido». Modernas ediciones de la mayor responsabilidad, como la de Cejador, la de «Zeda» y la de Sopena, prologada por J. Mateos, corroboran lo que dicho queda.

Fuera y dentro de casa hay nada del mérito que la tragicomedia de Calixto y Melibea como no sea el «Quijote». ¡Nada! Lo español de mérito inmovible hasta entonces —el «Libro de Petronio», del infante D. Juan Manuel, el «Libro de cantares de buen amor», del Arcipreste de Hita, «Corbacho» o «Reprobación del amor mundano» del Arcipreste de Talavera— queda pequeño comparado con «La Celestina», precisa Agustín del Saez en su «Resumen de Literatura Española».

Por valiente se ha de entender viviente, palpitante, excedido, insubordinado, libérrimo y, en definitiva, genial. El pueblo había hablado ya por boca de Juan Ruiz en relatos tan salaces como el

de D. Pitas Payas, y con pasmosa naturalidad por la de Alfonso Martínez de Toledo. Los dos arciprestes y Fernando Rojas abren las puertas a lo popular de donde más tarde, cuando las coplas de Mingo Revulgo, del Provincial y de la Panadera sean del dominio público, brotará la española novela picaresca.

Y si ha de señalarse lo genuinamente popular como cumbre de «La Celestina» —la propia alcahueta de carne y hueso, su trastienda, sus tretas, sus decires, sus cursos y recursos, su saber de refranes, aplicados siempre de molde, su parte con los genios infernales—, es por lo empalagosos que resultan otros arrequives escolasticistas embutidos en la obra. Bien están en la impertinente «Dorotea» de Lope, cuyos personajes se arrojan a la cabeza pucheros de erudición, siendo Gerarda a junto de Celestina un dominguillo de trapo; como descargo de filosofía ferragosa, quedaría mejor «Guzmán de Alfarache», la obra más original, según Menéndez Pelayo, que se ha escrito.

Hasta Calixto y Melibea no hay verdadero teatro de público, y habrá de transcurrir mucho tiempo hasta que lo haya: un teatro real, de caracteres definidos, de valores humanos, verboso, fuerte, duradero, fiel trasunto de la vida... ¿A qué más que a ser leída —y no de todos— podía aspirar «La Celestina», piedra angular del teatro español; en tiempos de los Reyes Católicos? ¿No es el patrón de la dramática en ciernes? ¿Por ventura no ejerce su influencia en los Pasos de Lope de Rueda y su influencia en los Entremeses de Miguel de Cervantes? Dejemos hablar a Moratín: «Esta novela dramática, escrita en excelente prosa castellana, con una fábula regular, variada por medio de situaciones verosímiles e interesantes, animada con la expresión de caracteres y afectos, la fiel pintura de costumbres nacionales y un diálogo abundante en donaires cómicos, fue objeto del estudio de cuantos en el siglo XVI compusieron para el teatro».

El fondo de «La Celestina» va con la medida que cada cual aplica a las acciones humanas. Ocurrir deleitarse con los atrevimientos de un autor (Boccaccio, por ejemplo) y amostazarse con los de otro (Rojas, precisamente). Pasando la tragicomedia por fielatos inquisitoriales, lo cierto es que sólo algunas alusiones a la Biblia fueron tachadas, como si sus cacareadas obscenidades no empecieran la obra, cuenta habida de que todos los caminos son practicables para llegar a un fin bueno. Cruda a ratos y atrevida siempre, el ecuaníme, pero nada disimulado Cervantes, dijo de «La Celestina»:

Libro en mi opinión divi-  
si encubriera más lo huma-

PUYOL

(1) Precio: 1,20 NF ejemplar: Pedidos a M. Celma, S. L. 4, rue Belfort — Toulouse (H. G.).



# ★ De la manera de aprender ★

**E**NTIENDESE por doctrina o enseñanza «la transmisión de aquello que uno conoce a quien no lo conoce»; y por disciplina, «la recepción de lo transmitido»; sólo que la mente de quien recibe se llena, y la del que transmite no se agota, antes bien, aumenta la erudición cuando se comunica, como crece el fuego con el movimiento y la agitación. En efecto, excitado el ingenio y discurriendo por los objetos referentes al asunto del momento, acaba por hallar y formar otros; así, aquello que no ocurre a quien está en quietud, viene a las mentes del que enseña o diserta, a causa del calor, que decimos aguja el vigor del ingenio; por lo cual nada hay tan conducente para obtener una gran erudición como el enseñar.

Es la disciplina de dos clases: una, la colocación en nuestra alma de cualquier cualidad, como el transmitirse un idioma nuevo, según ocurre en los inventos humanos; otra, el sacar el entendimiento de la potestad al acto, como sucede en las ciencias y artes, cuya materia es natural, pues, según queda dicho, las semillas de todas ellas están infundidas naturalmente en nuestra mente, como las de las plantas en la tierra; de tal suerte, que quien enseña no hace cosa distinta de lo que el sol al sacar los gérmenes de las semillas, las cuales ciertamente saldrían por sí mismas; pero no tan felizmente ni tan pronto.

Enseñan los animales a sus pequeñuelos para que ejecuten con más rapidez lo que desde luego harían ellos por sí, como el ave a volar a sus polluelos, el gato a cazar los ratones, con objeto de verlos muy pronto semejantes a sí mismos, esto es, perfectos en su especie. Nosotros enseñamos a los nuestros para que hagan tal como queremos lo que nunca harían o lo harían de distinta manera; y nuestra enseñanza casi no es otra cosa que acostumarles a hacer alguna cosa material, como hablar, correr, mover el cuerpo o alguna de sus

por **Luis VIVES**

partes de un modo dado. En una palabra: el animal es enseñado para sus fines por magisterio de la Naturaleza; nosotros necesitamos del ejercicio propio y de la advertencia ajena para sacar lo que tenemos dentro.

La marcha del aprendizaje va desde los sentidos a la imaginación, y de ésta a la mente, como pasa en la vida y en la Naturaleza; así, va el proceso de lo simple a lo compuesto, de lo particular a lo general, como es de observar en los niños que, según ya dije, expresan primero las partes separadas de cada cosa, después las juntan y combinan; además, nombran las cualidades generales con un nombre particular; llaman, v. gr., a todos los artesanos como al primero que conocieron; todas las carnes son para ellos buey o vaca, si es así como oyeron decir cuando empezaban a formar las palabras. Después induce la mente lo universal de lo singular, y vuelve a su vez desde aquello a esto; por eso son los sentidos los primeros maestros, en los cuales está como encerrada la inteligencia; de ellos el principal es la vista que, según Aristóteles, es la que nos manifiesta mayor número de especies, y es autora de la investigación de la ciencia, como ya escribió Platón perfectamente. De esa vista primera vino la admiración; de ella, la observación, la investigación y el deseo de la sabiduría.

Después de obtenido el conocimiento de las cosas y constituidas las artes, el sentido del oído nos enseña nuevas cosas, más elevadas y con más rapidez, pues recibimos en muy poco tiempo lo que en mucho tuvo que preparar el que nos enseña. Por eso le llamó con razón Aristóteles «el sentido de la disciplina»; y los animales que carecen de él no son capaces de ella...

**Publicaciones  
recibidas**

« Revensbruck Pace al Mondo »  
« Le Combat Syndicaliste »  
« Pensée Libertaire »  
« A I T »  
« Défense de l'Homme »  
« Le Socialiste »  
« Suplemento Literario »  
« Terre et Liberté »  
« Umanità Nova »  
« Brand »  
« Tierra y Libertad »  
« Workers' Voice »  
« La Gaceta »  
« Solidaridad »  
« L'Adunata dei Refrattari »



Parábolas de  
Han Ryner

# El árbol preferido

Se me ha preguntado cuál es el árbol que prefiero y por qué razones lo prefiero. ¿Preferir un árbol? ¿Qué injusticia hacia los otros árboles y qué empobrecimiento! Todos los árboles son hermosos y el último que miro siempre me parece el más logrado y el más armonioso. Yo les hablo, cuando tengo la alegría de encontrarme a solas con ellos. Dicen mis discursos emociones por igual, los dirija al heroico roble; al abedul femenino e iba a decir, elegante durante el día, pero que la noche aligera de belleza infinita; el sauce inclinado como un ensueño; al castaño paternal, o a la robinia cuyo ramaje es, en pleno viento, cual un estremecimiento de plumas. A todos, por igual los amo a todos. «El negro ciprés» y su áspera energía inmóvil me agrada tanto como el álamo de Italia, balanceado como una palmera y una aspiración sonriente.

Sin embargo, voy a escoger. Higueras de mi infancia provenzal, hacia vosotras va mi nostalgia. ¿Hay en mi recuerdo goloso reconocimiento, oh portadoras del más dulce de los frutos?... Pero hay tantas otras cosas. Cada una de vuestras hojas recorta en el azul del cielo golfos de armonía temblorosa, o redondea encima de mi cabeza verdes promontorios. Bajo el follaje de una de vosotras, cerca del claro ruido de un manantial, gocé mejor que en ninguna parte, de los ensueños de amor, de trabajo y de gloria; mejor que en ninguna parte, leí a Sófocles y Platón. Gloriosas y nutricias higueras de Provenza, vuestra sombra y vuestra miel se mezclan a todos mis ensueños de Grecia.

## EL ARTE DE AMAR

«Amaos unos a los otros». Desgraciadamente, los que han repetido el ingenuo precepto han multiplicado las persecuciones, las inquisiciones, las hogueras y las guerras. Santo Domingo, Torquemada y, cuántas otras sombras rastreras parecen haber sido creadas por la noble actitud de Jesús! La predica del amor no ha sido vana: es ella la que ha hecho nacer posiblemente los más tenaces y duraderos odios.

¿Predicaremos entonces la justicia? ¿Creéis que esta diosa es menos peligrosa que el dios Amor? ¿Es que acaso no se ha mostrado también ávida de sangre y de lágrimas? ¿No es la fiebre de justicia la que ha creado las innumerables, las crueles injusticias de millares de guerras civiles, las miríadas de guerras militares?

¿Ironía de los quereres humanos! Nuestro deseo del bien, amor o justicia, ha hecho males infinitamente más numerosos que no hubiese podido hacer un calmo egoísmo y la universal indiferencia. Lo que hay en nosotros de más humano, nos ha hecho peor que los tigres y las panteras.

Los hombres marchan cegados hacia no se sabe qué amor abstracto o qué justicia abstracta. Su

pesado paso, y que tantea, aplasta a los mismos seres que pretenden amar, a los inocentes que pretenden proteger.

¿Existe ahí una fatalidad verdaderamente ineluctable? No.

Otros hombres, desde hace ya dos milenios, repiten la sola verdad eficaz, indican el verdadero camino. Es necesario que nosotros comprendamos al fin su método, que no creamos más que esas supremas obras maestras, amor y justicia, pueden realizarse de repente, por casualidad, por la simple virtud de algunas palabras; que no creamos más que esas delicadas obras maestras puedan realizarse mediante la violencia y en el atropello, y que los procedimientos más destructivos podrán realizar las bellezas superiores.

¿Quieres tú volverte un ser de amor y justicia? Voy a decirte los medios para lograr la maravillosa realización.

Pero, tal vez no es esto lo que tú quieres. Lo que tú deseas es que se te ame y exiges que sea justo contigo. Si así es, vete, pues nada tengo que decirte; ni los hombres ni tú mismo podréis hacer algo para ti.

O haz el esfuerzo por olvidar lo que tú llamabas Justicia, lo que tú llamabas Amor. Olvida también la existencia de los otros hombres.

Apártate de los seres y de las cosas. Proyecta hacia ti mismo toda luz. **Conócete a ti mismo.**

Y dirige hacia ti mismo todo tu esfuerzo. **Realízate.** ¿De qué modo? Pues, por la purificación intelectual y moral.

Aparta de ti las falsas luces de la educación voluntaria o involuntaria. Olvida lo que te han enseñado y lo que tú crees haber aprendido. En lo que te revela el primer esfuerzo hacia el conocimiento interior, hay mil veces más de exterior que de interior. Expulsa a esos reflejos de afuera, a esas mentiras flotantes. A medida que dispersarás los fantasmas que antes llamabas certidumbres, principios, verdades, noblezas, empezarás a realizar tu ser y a la vez conocerás mejor lo que en ti hay de tuyo.

Este doble progreso, aunque te apliques a él por un tiempo, posiblemente te quejes por encontrar en ti aún una penosa, una irritante multiplicidad. Pues estás compuesto de necesidades que se te aparecen contradictorias. Mirate mejor. Toma conciencia de tu riqueza y de su posible armonía. Contradictorias en apariencia, tus necesidades son sucesivas. Haz pues una cadena de alegría en donde alternen los metales. Soledad o sociedad, actividad o reposo; ¡oh!, voluptuosidades que se siguen y se reemplazan, ronda deliciosa de sonrisas amables y de sonrisas profundas... Si a veces uno u otro de esos bienes para ti se vuelve mal y dolor, es que tu torpeza lo ha hecho inoportuno: dando a éste la hora que quería encantar al otro. ¿El remedio? ¡Ah! ¡Cuán simple es el decirlo y cómo la



cobardía universal lo declara difícil de aplicar! Aquí aun rechaza todo cuanto no seas tú; no has caso de las invitaciones de afuera y rompe las coerciones del exterior. **Libera tu ritmo.**

Para liberar tu ritmo has debido dirigirte a la sabiduría, que es propiamente el desprecio de los falsos bienes. Has visto que los falsos bienes es todo aquello que el vulgar, pueblos y reyes, llama bienes. Te has liberado de las cosas. Por consiguiente, como tu servidumbre a las cosas era lo que te impedía el que amaras bastante, héte ahora feliz. Esa servidumbre era la que te impedía amar realmente a los hombres y de sembrar con ellos la justicia hasta la generosidad. Ahora que te perteneces y no eres ya objeto de pertenencia de las cosas, nadie puede ya hacerte daño; nadie es ya tu concurrente o tu enemigo. Mira de nuevo en ti mismo.

Una de las dos necesidades que tú descubres en tu ser iluminado, purificado, realizado y liberado, es la de amar fraternalmente a los que se te parecen, es la de amar paternalmente a los pobres niños que son la mayoría de los hombres, ¡pobres esclavos de las cosas!

Y ya no les pides lo que no está a su alcance. Tú no puedes pedir que los esclavos hagan esos movimientos libres que se llaman Amor y voluntad de Justicia. Solamente, cada vez que ello es posible, ayudas a uno de ellos a liberarse; ayudas a

crecer a uno de los niños y a hacerle un hermano tuyo.

Pero no te asombras ni te irritas por los innumerables fracasos. Y te asombras y te alegras por los raros éxitos.

Siempre tu necesidad de darte sin pedir ningún retorno está limitada a la vez y sostenida por tu necesidad de ser. Nunca te entregas locamente hasta parecerte a los que te entregas; siempre ríes interiormente de sus estúpidos deseos y de sus ridículas pasiones; ríes de las cosas que te piden y que se las das con tanta indiferencia como amor.

Tu corazón casi siempre ama con piedad y no cedes a los que te piden tu voluntad para envilecerla en instrumento. Pues, si tal hicieras, te volverías desgraciado como ellos y, como ellos, odioso. Esos ciegos te piden que los odies mañana. Y es eso precisamente lo que tú no quieres. Pues no descienes a su infierno. Tú no olvidas que el amor por ti mismo y por tu libertad, es el sólo fundamento del amor hacia los otros.

Pero no creo poder decirte más, si tu ritmo en verdad es ya libre. Como el día viene luego de la noche, como el sueño sucede a la vigilia, para ti alternan esas bellezas complementarias: pensamiento y amor, palabra sincera y silencio meditativo, recogimiento individualista y expansión fraternal.

(Próximo artículo: ¡Que la juventud sea!)

## Limpieza en el lenguaje

**C**UANDO el pensador, por intuición primero, y después por una amplia ideación y observación de hechos, ha llegado a comprender que es pura metafísica el dualismo entre materia y « espíritu », o « alma », que no existe esa entequeia fuera del organismo viviente, ya puede prescindir de este término tan en boga todavía entre los racionalistas y aun entre los adictos al materialismo dialéctico. Mas está arraigado en la costumbre el empleo de tales ambigüedades que hasta los más avisados materialistas caen en este absurdo que repudian.

Sin cuerpo no hay « espíritu », ni su sinónimo « alma ». Queriendo ser precisos en el lenguaje, se pueden expresar los vocablos que corresponden al materialismo integral, que no divide al hombre en dos partes y lo considera como unidad orgánica en la que todos los elementos se corresponden en el ambiente que es la monstruosidad social.

Hay muchos sinónimos que sustituyen con claridad dialéctica lo que los religiosos y los metafísicos nombran « espíritu ». Matices del análisis racionalista, dentro de lo fisiológico, son los conceptos: intelecto, inteligencia, pensamiento, ideación, energía, vivacidad, inge-

nio, brío, aliento, valor, esfuerzo, vigor, tendencia. Muchísimas veces, el aditamento del « espíritu » resulta un real parasitismo. Suprimido el mismo, siempre queda el hombre en sus procesos materiales. « La creación de una imagen del mundo no es más que ilusión, ya que todo concepto del intelecto se halla sujeto a determinada estructura de la materia humana. »

No es el « espíritu » el que acondiciona la materia en que se alberga, según dicen los curas que todo lo pervierten. El intelecto es producto del cuerpo y del ambiente en que se desarrolla o degenera. En teoría, la humanidad necesita armonía completa y, como cuerpo social, todas sus células deben ser sanas, teniendo el equilibrio armonioso que se ha de plasmar en los reflejos sociales condicionados.

Los que admiten la influencia del « espíritu » en los destinos humanos, también hacen dualidad de tal « espíritu », pues dicen: « Espíritu del bien » y « Espíritu del mal », del egoísmo del altruismo y de todos los demás « espíritus » que vienen a la lengua y a la pluma de los que quieren enseñar el camino de la VERDAD, que entonces sí es el ESPIRITU PURO, la DIVINIDAD.

COSTA ISCAR



## VERSIONES

por DENIS

## El negociante

Toda teoría que queda en teoría nada vale. Una verdad no vivida no es verdad.

D.

**E**RASE un negociante infortunado, infortunado, sin medio alguno de desplegar sus cualidades.

Lo mismo habría vendido caballos, que casas, que tierras, que no importa cuales objetos, que su mujer. Pero no tenía caballos, ni casas, ni tierras, ni objeto alguno, y su mujer era fea, fea.

Siempre estaba de mal humor, descontento, descontento. Nada había en el mundo de que no hubiera hecho dinero, y todos sus esfuerzos por apropiarse de algo con qué hacerlo eran inútiles. Las escasas monedas que, de tarde en tarde, caían en sus manos, tenía que entregarlas a su mujer, siempre comida de deudas. No parecía, ella, haber nacido para otra cosa que para endeudarse. Mala suerte del negociante, haber escogido esposa tan poco capaz de ayudarle.

Nunca se le ocurrió al negociante trabajar. Preveía el peligro que, si trabajaba, le acechaba. Adiós, entonces, a todos los negocios. No tenía, sin trabajar, dinero para dar curso a su vocación. Pero no le abandonaba la esperanza de tenerlo. Si se ponía a trabajar, tendría que despedirse de esa esperanza. Jamás, trabajando, saldría de trabajador. Miseria para toda la vida. No, no. Soportaba la de ahora seguro de que tendría fin. En modo alguno se cerraría él mismo las puertas de salir de ella.

Pensaba, sin saber que otro lo había pensado antes, que es más difícil tener la primera moneda que un millón después. Iba tras esa primera moneda hacía ya muchos años. El día que la tuviera, afirmaba, el mundo sería suyo. Tardaba, tardaba en llegar a sus manos esa primera moneda. Todas las que llegaban, pocas, muy pocas, tenían destinado ya otro empleo. Debía su mujer el pan, o la carne, o el carbón de un mes. No podía distraerlas. Habría tenido, si las distraía, guerra en el hogar. Era bastante la que sostenía con la mala suerte. Necesitaba una moneda, una sola moneda, que su mujer no necesitara. Entonces comenzaría el milagro. Haría parir a esa moneda, y a las que esa moneda pariera. Las multiplicaría. Veía a otros multiplicarlas, aprendices de negociantes a su lado. Apenas sabían rudimentos del arte de negociar. Rara vez vendían cosas no existentes, secreto que juzgaba haber descubierto. Y que esperaba explotar un día.

Tal vez comenzara por vender caballos, y casas, y tierras, y no importa qué, como los negociantes a quienes consideraba tan inferiores a él. Pero la gran fortuna vendría después, cuando vendiera caballos, casas, tierras, y no importa qué, ficticios. Otros los comprarían y los venderían a su vez. Volverían acaso a sus manos, sin existir, para especular con ellos de nuevo. Magnífico porvenir, que estaba allí sonriéndole.

Todo el fruto de sus desvelos lo recogería entonces. Era un innovador, y la fortuna aguarda siempre a los innovadores. Si no a todos, a los que traen al mundo modos nuevos de enriquecerse.

Porque tendría imitadores. Lo preveía, sin temor. Cuando se acaba con una rutina, hay campo abierto para muchos. Nadie quita la delantera al iniciador. Llegan los otros tras sus pasos. Recogen las flores por él desdeñadas. Si más tarde le disputan la cosecha, él ha recogido ya cosecha no disputada.

Deliraba, deliraba, trazando sus planes futuros. Mientras su mujer refunfuñaba, por que el panadero, o el carnicero, o el carbonero, le había reclamado una deuda. Infierno del hogar. Tendría que abandonarlo, para comenzar su nueva vida, o antes. Acaso antes. ¿A dónde iba a ir con mujer amargada por tantos años de penuria? Sería incapaz de saborear la abundancia. Y tal vez desentornara, en la abundancia. ¡Era tan fea!

Cayó en esto sobre el país, como una tormenta, una guerra. Fenómeno frecuente, casi tan frecuente como las tormentas. Lluvia en seco para los negociantes. Nunca son los negocios tan numerosos, ni tan fructuosos. Todo lo almacenado se vende. Y a buen precio. Los militares no hacen cuentas. Compran, compran. Parece que su misión, aparte de guerrear, es comprar. Cosas invendibles, entonces tienen salida. Sea lo que fuere, se encuentra excelente. E imprescindible. No se vive, realmente, sino cuando hay guerra. Mueren algunos en ella. Sacrificio necesario. La vida es esa. Muerte de unos para que otros vivan como de otro modo no vivirían. Tuvo razón el que llamó a la guerra divina.

El negociante llegó juzgada su hora. No era cosa de esperar más. Sería tarde, la guerra terminada. Iba ya para viejo. No tendría tiempo, después, de gozar el resultado de su esfuerzo, de sus años y años de especulación teórica. Había llegado el momento de pasar a la práctica. Toda teoría que queda en teoría nada vale. Una verdad no vivida no es verdad.

Desapareció de su hogar, una buena mañana. Sin dejar rastro de su huida. Creía su mujer que no habría ido muy lejos. No llevaba dinero para tomar el tren. Debía llevarlo, o haber tomado el tren sin billete. Porque el mismo día, por la noche, estaba en la capital del país.

Es imposible averiguar cómo dió sus primeros pasos hacia la fortuna, cómo hizo frente a su situación en los primeros días. Se le veía en todas partes, con señales evidentes de comer mal, y de dormir mal. Pero alerta, como seguro de sí, en modo alguno desesperado.

Unas semanas más tarde, todos los signos de comer mal, y de dormir mal, habían desapareci-



do. Lucía un traje nuevo, y hasta un brillante en un dedo. Y con el traje, y el brillante, una mujer, espléndida, hacia la que se volvían todas sus miradas.

— Mi señora — decía a las personas con quienes había trabado conocimiento —. No se encontraba bien cuando hemos llegado. Afortunadamente, todo pasó.

— ¡Encantado! ¡Encantado! — exclamaba el favorecido por la presentación.

Y pocas veces tuvo raíces tan hondas el cumplimiento. Ver aquella mujer y sentirse encantado, era todo uno. Alta, esbelta, con un gesto de lejanía, toda ella como entregada a la contemplación de su propia belleza, era delicia recrearse en mirarla. Siempre sonriente, añadía gracia a su gracia. Cuando el negociante partía, llevándola del brazo como un cortesano — ¿dónde había aprendido, tan pronto, semejantes maneras? — no dejaba tras sí más que envidia. No tuvo ésta tiempo de llegar a ser normal. El negociante desapareció, como había llegado; sin dejar rastro.

No era la capital, como había creído, el centro de los negocios. Al menos para él. Tenía, él, que ir a buscarlos a otra fuente: cerca del campo de batalla, si no en el campo de batalla.

Llegó a la ciudad más cercana del frente, y se instaló, con la bellísima mujer, en el hotel más lujoso, donde sólo el encanto de la mujer hizo se les admitiera. No había otros huéspedes en el hotel que los jefes de las operaciones en curso. Hombres estirados, severos, que ni veían a las gentes con quienes se cruzaban.

Vieron, sí, llegada la noche, en el comedor, a la espléndida mujer que el negociante lucía. Y ya no hubo, para ninguno, olvidado el estiramiento,

y la severidad, conquista más codiciada que la de belleza tan fuera de lo común.

En las mismas barbas del negociante comenzó el asedio. Prudente, éste no se dió por enterado. Y pronto, un quehacer que ahora le venía a la memoria le obligó, no sin mil disculpas, a dejar por unos momentos el comedor.

Al día siguiente, por fin, el negociante comenzó a poner en práctica las teorías durante tanto tiempo maduras. Era un vender zapatos no contruidos, y caballos no criados, y viveres en parte alguna dispuestos, que maravillaba. Qué a él mismo le maravillaba. Como si le cayera del cielo el milagro.

Le bastó medio año para alcanzar fortuna nunca soñada, ni en sus delirios más optimistas de otros tiempos, de aquellos malditos tiempos de miseria.

Pasado el medio año, partió de la ciudad. Era hora de partir: agonizaba la guerra. Sin este contratiempo, desdichado, otro medio año habría hecho que la fortuna acumulada se multiplicara quién sabe hasta qué extremo.

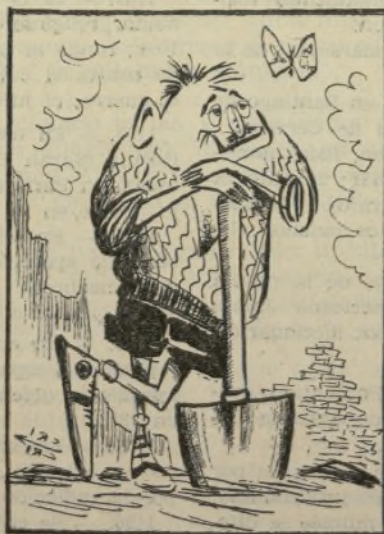
Todos los jefes fueron a despedirlo, a despedir a la mujer que tan leves les había hecho los peligros de la lucha.

Y ya en el tren, a un viajero que había asistido a la despedida y le miraba con cierta conmiseración, le explicó:

— Creen haberse burlado de mí. ¡Pobrecillos! Me he burlado yo de ellos.

Y como el viajero le interrogara, sin interrogarle, concluyó, aludiendo a la mujer, distraído en el fondo del departamento, siempre como entregada a la contemplación de su propia belleza:

— No es mi mujer. Es mi asociada.





# MICROCULTURA

1098. — Se ha logrado que un impreso pueda ser leído por los ciegos debido a la invención de un aparato que intercepta cada letra como un tono musical.

1099. — Los minerales extraídos del suelo vienen mezclados con rocas que los impurifican y son un inconveniente para el trabajo químico de la obtención del metal.

1100. — El 11 de febrero de 1542 los españoles fundaron la ciudad de Guadalajara, hoy capital del Estado de Jalisco, México.

1101. — En 1560 murió Juan Salazar Espinosa, fundador de Asunción del Paraguay.

1102. — En 1879 falleció el admirable caricaturista francés Honorato Daumier, que también cultivó con maestría la pintura y la escultura.

1103. — El sofito es el plano interior del saliente de una cornisa.

1104. — Dos hombres de ciencia de la Universidad de California han propuesto un reactor nuclear portátil para esterilizar las tierras de cultivo, método práctico y económico para tratar el suelo antes de la siembra.

1105. — El «organicismo» es la doctrina que atribuye las enfermedades a lesiones materiales de un órgano.

1106. — El 3 de junio de 1814, el temible tirano Gaspar Rodríguez Francia, asumió la dictadura del Paraguay.

1107. — Un «palafito» es una vivienda primitiva construida por lo común dentro de un lago.

1108. — La represa de Gatum es la que mantiene el nivel del agua en el canal de Panamá.

1109. — Se entiende por «quinario» lo que está compuesto por cinco elementos unidades o guarismos.

1110. — Un «ranúnculo» es una planta herbácea anual, con tallo hueco y ramoso.

1111. — La paleobiología estudia los organismos fósiles y sus condiciones de vida y adaptación.

1112. — El quironectes es un mamífero marsupial de la América del Sur.

1113. — El 3 de julio de 1898 destruyeron en Santiago de Cuba a la escuadra colonialista española de Cervera.

1114. — En 1847 nació Tomás Alva Edison, físico norteamericano de Milán, Ohio, muerto en 1931; inventó el transmisor telefónico de carbono, el fonógrafo, la lámpara incandescente, el kinetoscopio y otros muchos elementos.

1115. — «Shangri-Lai», término procedente de la novela «Horizonte Perdido» del escritor norteamericano James Hilton y que ya aparece incluido en algunos diccionarios, significa «sitio de retiro paradisiaco».

1116. — Según Roberto C. Cook en el «Population Bulletin», para el año dos mil la población de América Latina será sobrepasada sólo por la de Asia.

1117. — Las bacterias están ampliamente repartidas por todos los mares, tanto en extensión como en profundidad.

1118. — Los antrópodos conocidos como milpiés se diferencian de los cienpiés en que los primeros viven exclu-

sivamente de sustancias vegetales, mientras que los segundos son carnívoros.

1120. — En los Estados Unidos los accidentes ocupan el primer lugar como causantes de muertes entre individuos de 1 a 36 años de edad.

1121. — La dentisteria fué reconocida por primera vez como profesión en Francia, en el siglo XVI.

1122. — América Latina tenía en 1920 noventa y un millones de habitantes; para 1956 había crecido ya hasta los ciento ochenta y siete millones, o sea, un siete por ciento de la población mundial.

1123. — En el valle de Panamá se encontró una nueva especie de milpiés, que posee setecientas patas y el cuerpo formado por ciento setenta y cinco segmentos.

1124. — La Academia de Cirugía se formó en París en 1731.

1125. — La terapia del color puede ser un agregado importante en el tratamiento actual de estados de ansiedad, depresión, insomnio y tensión nerviosa.

1126. — El neutrón, que sirve para disparar la terrible bomba atómica, «vive» alrededor de quince minutos.

1127. — Algunas hormonas, anticuerpos, virus y genes son formas de proteína.

1128. — Latinoamérica es una región de juventud, pues los niños menores de quince años constituyen el cuarenta por ciento de la población.

1129. — La ciencia médica puede ya obtener diminutos proyectores de cromio radioactivo, promisor medicamento en la lucha del hombre contra el cáncer.

1130. — Con ropas livianas y en reposo el hombre puede tolerar una temperatura de sesenta grados en setenta minutos.

1131. — El 13 de enero de 1691 murió Jorge Fox, reformador religioso inglés, nacido en Drayton, Leicester, en 1624; fundó la Sociedad de Amigos (Cuáqueros), predicando contra el culto externo, la jerarquía religiosa y civil, la guerra, el juramento, etc.

1132. — En 1867 debutó en el Odeón de París Enriqueta Rosina (Sarah Bernhardt), genial actriz trágica francesa (nació en París en 1844 y murió en 1923) que resplandeció lo mismo en el teatro clásico que en el moderno.

1133. — En 1898 lanzó Emilio Zola su famoso «Yo acusó», que apareció en las páginas de «La Aurora», diario de Clemenceau; actitud que le valió un año de prisión y una multa de tres mil francos.

1134. — En enero de 1958 murió en México el general republicano español José Miaja Menant, recordado por la legendaria defensa de Madrid; había nacido en Oviedo en 1878.

1135. — Los científicos rusos han descubierto un método en extremo sensible para detectar males provocados por la radiación.

1136. — Se entiende por «testrástrofo» a la composición que consta de cuatro estrofas.



## POETAS DE AYER Y DE HOY

### Niña morena y ágil

Niña morena y ágil, el sol que hace las frutas,  
el que cuaja los trigos, el que tuerce las algas,  
hizo tu cuerpo alegre, tus luminosos ojos  
y tu boca que tiene la sonrisa del agua.

Un sol negro y ansioso se te arrolla en las hebras  
de la negra melena, cuando estiras los brazos.  
Tú juegas con el sol como con un estero  
y él te deja en los ojos dos oscuros remansos.

Niña morena y ágil, nada hacia tí me acerca,  
Todo de tí me aleja, como del mediodía.  
Eres la delirante juventud de la abeja,  
la embriaguez de la ola, la fuerza de la espiga.

Mi corazón sombrío te busca, sin embargo,  
y amo tu cuerpo alegre, tu voz suelta y delgada.  
Mariposa dulce y definitiva  
como el tragal y el sol, la amapola y el agua.

Me gusta cuando callas...

Me gusta cuando callas porque estás como ausente.  
y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.  
Parece que los ojos se te hubieran volado  
y parece que un beso te cerrara la boca.

Como todas las cosas están llenas de mi alma,  
emerges de las cosas, llena del alma mía.  
Mariposa de sueño, te pareces a mi alma,  
y te pareces a la palabra melancolía.

Me gustas cuando callas y estás como distante.  
Y estás como quejándote, mariposa en arrullo.  
Y me oyes desde lejos, y mi voz no te alcanza:  
déjame que me calle con el silencio tuyo

Déjame que te hable también con tu silencio  
claro como una lámpara, simple como un anillo.  
Eres como la noche, callada y constelada.  
Tu silencio es de estrella, tan lejano y sencillo.

Me gustas cuando callas porque estás como ausente.  
Distante y dolorosa como si hubieras muerto.  
Una palabra entonces, una sonrisa bastan.  
Y estoy alegre, alegre de que no sea cierto.

PABLO NERUDA



# Bajo el signo de ESTUDIO Y RECREO

CENIT ofrece a sus lectores las obras siguientes:

## MAS DE 100 TITULOS

« Aladino y la lámpara maravillosa ».....	1 80
« Ali Babá y los cuarenta ladrones » .....	1 80
« Capitalismo, democracia y socialismo liberta- rio », P. Souchy .....	1 20
« Criadero de curas », A. Sawa .....	1 50
« Del amor », Stendhal .....	1 20
« Don Juan Tenorio », Zorrilla .....	1 20
« Doña Perfecta », Galdós .....	1 20
« El barco varado », Vega Alvarez .....	1 00
« El cartero del Rey », R. Tagore .....	1 20
« El castillo de los Carpatos », J. Verne .....	1 00
« El dueño del mundo », J. Verne .....	1 00
« Elevación » (poema), A. Navarro .....	1 00
« El faro del mundo », J. Verne .....	1 00
« El gato con botas », Perrault .....	0 50
« El muchacho y la fortuna » .....	0 50
« El payaso imitable », Zamacois .....	1 20
« El rayo verde », J. Verne .....	1 00
« El secreto de Martin », J. Verne .....	1 00
« El secreto de Will » J. Verne .....	1 00
« Fábulas de Esopo » .....	2 00
« Fábulas de Iriarte » .....	2 00
« Fiesta en España », Endériz .....	3 00
« Gulliver en el país de los enanos » .....	1 80
« Gulliver en el país de los gigantes », .....	1 80
« Ivanhoe », W. Scot .....	1 80
« La alfombra mágica » .....	1 80
« La vorágine », Rivera .....	1 20
« La Celestina », Rojas .....	1 20
« La Cenicienta », Perrault .....	1 80
« La cosecha », R. Tagore .....	1 00
« La invasión del mar », J. Verne .....	1 00
« La lucha con el demonio », S. Zweig .....	1 20
« Las doce pruebas de la inexistencia de Dios », Faure .....	1 50
« La historia de Juan María, J. Verne .....	1 00
« Las tres damas de Bagdad » .....	0 50
« La tragedia de una vida » S. Zweig .....	1 20
« La Vampiresa », J. Ohnet .....	1 20
« Los dos mercaderes » .....	0 50
« Los primeros hombres de la Luna » Wells .....	1 20
« Marianela », Galdós .....	1 20
« Momentos estelares », Zweig .....	1 20
« Pasión perdurable », M. G. Stopes, .....	1 20
« Pensamientos », J. Peiró .....	3 00
« Pepita Jiménez », J. Valera .....	1 20
« Peter Pan » .....	1 80
« Poemario patético » (preludio a G. Lorca), Volga Marcos .....	1 50

## MAS DE 80 AUTORES

« Elementos de Psicología », E. B. Tichener ....	3 00
« El Hombre », A. Besant .....	15 00
« El hombre que se reía del amor », Pedro Mata ..	1 80
« El Hombre y el Mundo », R. W. Emerson .....	4 50
« El incendio », M. Dib .....	1 00
« El Japón sobre el mundo », A. Zischka .....	4 20
« El jardín encantado », A. Zamora .....	3 50
« El Mandarin », E. de Queiroz .....	1 20
« El matrimonio moderno », W. Stekel .....	12 00
« El pensamiento político de la derecha », S. Beauvoir .....	5 00
« El petróleo », F. Delaisi .....	2 00
« El Rastrojo », J. J. Berón .....	2 00
« El secreto de la concentración », Subirats ....	6 00
« El sexo en la civilización », (Varios) .....	7 00
« El sistema cooperativo », Warbasse .....	6 00
« El temor sexual », E. W. Hirsh .....	5 50
« En busca de un millonario », D. Lilly .....	3 00
« En marcha », F. Roosevelt .....	1 20
« En medio de los escombros », Lizcano .....	3 80
« Enrique V », Shakespeare .....	1 20
« Errico Malatesta », Nettlau .....	3 50
« Evolución histórica de la Biología », E. Nor- dens .....	13 00
« Fabola », Wisseman .....	1 80
« Filosofía de las leyes », .....	6 50
« Fénix », Wells .....	4 90
« Filosofía de las leyes », D. Papp .....	6 50
« Filosofía del derecho », F. Hegel .....	5 60
« Fisiología de la vida sexual », Dr Schwarts ..	3 50
« Fisiología del trabajo », A. Herlitzka .....	28 00
« Fugitivo del amor », E. Knight .....	8 40
« Hábitos sexuales de la mujer », Wittel .....	6 00
« Hacia el Norte », Bowen .....	9 00
« Historia de la conquista de la tierra », Ander- sen .....	4 90
« Historia de un corazón », E. Castelar .....	1 20
« Horas de lucha », M. G. Fradas .....	6 50
« Ideas para una concepción biológica del mun- do », V. Uexkull .....	7 50
« Impaciencia del corazón », S. Zweig .....	5 60
« Infancia en N. Y. », Fast .....	5 50
« Introducción al Teatro de Sófocles », M. R. Li- da .....	7 50
« Italia fuera de combate », I. Herraiz .....	2 00
« Jerome 60 », Bedel .....	2 50
« Joaquín Costa », L. Menéndez .....	1 50
« Juan Azul », Giono .....	4 50
« Kinsey y la sexualidad », Dr. Guérin .....	5 00

Pedidos a M. CELMA (S. L.) 4, Rue Belfort 2<sup>ème</sup> - Toulouse (H.-G.)